



FEB

A LA
OFENSIVA

POR
EDDIE THORNY

EDDIE THORNY

A LA OFENSIVA





San Bernardo, 68 - MADRID

COLECCION

F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—[CULPABLE], por Alf Manz. (3.ª edición.)
Núm. 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (2.ª edición.)
Núm. 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter (2.ª edición.)
Núm. 4.—EL COBARDE, por Alf Manz.
Núm. 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
Núm. 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz.
Núm. 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter.
Núm. 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.

En preparación:

SHANGHAI
ESPIAS EN LA NOCHE.
T A N G E R .

I

LAS SORPRESAS DE SELBY HOFFMAN



UANDO Selby Hoffman penetró en el ascensor de su casa iba un poco mareado. Nada tenía de sorprendente que su paso fuera vacilante y su cerebro estuviese un tanto embotado, teniendo en cuenta lo ocurrido en las horas precedentes. Aquella noche, inesperadamente, había vuelto a encontrarse con Thomas Lowe, luego de tres años de no saber de su paradero. Los dos, formando parte de la tripulación de un bombardero, habían luchado juntos en África, en Italia y en Francia. Llegaron a ser amigos inseparables. Luego, al licenciarse, tomaron rumbos distintos y pasaron largos meses sin saber una sola palabra

el uno del otro.

Tenían mucho que contarse y decidieron cenar juntos. Luego estuvieron en diversos bares y clubs nocturnos. Hoffman resistía sin pestañear las más fuertes dosis de «*whisky*», pero Lowe le superaba. El final fue que Thomas hubo de traerle hasta la puerta de su casa, porque no veía con demasiada claridad el camino que debía seguir.

—¿Podrás subir solo?

—Desde luego. Otras veces vine peor. La puerta de mi apartamento está frente por frente a la del ascensor.

Apretó el botón y se abismó en sus pensamientos. No podía quejarse de su suerte. En los años transcurridos desde que terminó la guerra había realizado una brillante carrera. Siempre le atrajo el periodismo. Se había lanzado de lleno a él. Tuvo éxito. Unos cuantos reportajes afortunados hicieron que su nombre comenzase a sonar. Ahora era ya el más famoso de los reporteros del «*Morning Star*». Tenía un buen sueldo, algunos dólares en su cuenta corriente y un piso bien amueblado en la planta catorce de una casa de la Décima Avenida, casi esquina a la calle Cuarenta y Tres.

A Lowe, en cambio, no parecía haberle ido tan bien, aunque, a decir verdad, no estaba muy seguro de ello. Siempre que se reunían era Selby quien más hablaba; Thomas se limitaba a escucharle y hacer de cuando en cuando alguna pregunta suelta. Concentrado en todo momento, que pensaba mucho y hablaba poco. ¿De qué vivía? No podía recordar con exactitud lo que le había dicho. Fue algo un poco confuso o, por lo menos, se le antojaba así. ¿Detective particular, acaso? No se atrevía a jurarlo. Lo más probable era que viviese de una manera extraña, como tantos otros licenciados a los que se les hacía muy cuesta arriba volver a trabajar como antes de la guerra.

Le pareció que el ascensor se detenía antes de lo que esperaba. Pero, sin duda, se trataba de que no medía bien el tiempo por culpa del alcohol ingerido. Salió al descansillo y lo cruzó rectamente. A uno y otro lado se abrían anchos pasillos, adonde daban las puertas de los distintos apartamentos. El suyo tenía el número siete. Vio el número, sacó la llave y se dispuso a abrir. Forcejeó medio minuto. Al cabo gruñó:

«¡Otra vez ha vuelto a engancharse esta maldita cerradura!».

Sabía cómo resolver la dificultad. En el bolsillo llevaba, como

recuerdo de la guerra, una pequeña navaja de hoja dura y resistente. Metiéndola por la ranura de la puerta y apalancando con fuerza, podría abrir. Lo había hecho otras veces; igual haría ahora. Todo sería que al día siguiente tuviese que avisar para que arreglasen la cerradura; también tendría que dormir con la puerta abierta. No le importaba gran cosa. En su casa no tenía nada que pudiera excitar la codicia del más infeliz de los ladrones.

Manipuló un par de minutos en la puerta, cuidando de no hacer demasiado ruido, para no despertar a los vecinos. La cerradura se resistió un poco. Al final, con un esfuerzo, consiguió abrirla. Lanzó un suspiro de satisfacción y penetró. El vestíbulo, amplio y un poco destartado, estaba a oscuras. En cambio, en la habitación donde tenía su despacho había luz.

Se restregó incrédulo los ojos. Estaba seguro de que aquella tarde, cuando vino a cambiarse de traje, dejó apagado. Claro está que era posible un olvido. Tiro el abrigo encima de una silla y avanzó, decidido y tranquilizado.

Apenas había dado dos pasos, cuando hubo algo que le hizo detenerse. La puerta del despacho estaba cerrada, aunque por debajo se veía un poco de luz. Era posible que se la hubiese dejado encendida, desde luego. Pero no lo era que dentro hubiese nadie. Sin embargo, alguien estaba en la habitación. Porque tenía la certidumbre de haber oído ruido de pasos.

Selby tenía veinticinco años, era fuerte como un toro y jamás le faltó valor para arrostrar las situaciones más difíciles. Ahora no vaciló. Si se trataba de un ladrón —y no cabía otra explicación—, le daría una buena lección. A puñetazos si era posible; a tiros, de ser necesario, porque en el bolsillo llevaba una pequeña pistola. La esgrimió con resolución. Abrió la puerta y ordenó:

—¡Quieto, amiguito! Si hace el menor movimiento...

Un grito de sorpresa se escapó de sus labios antes de terminar la frase. Su asombro estaba plenamente justificado. En primer lugar, aquel despacho no era el suyo; tenía idénticas dimensiones, la misma ventana a la Décima Avenida e igual disposición, pero los muebles diferían en absoluto. Y en segundo término, el ladrón no era un tipo brutal y mal encarado, como había supuesto, sino una muchacha, y la muchacha más bonita que Selby vio en todos los días de su vida.

Acaso en esta primera impresión hubiese algo de exageración. En cualquier caso, no podía negarse que la chica vestía con elegancia; apenas pasaría de los veinte años, tenía un tipo esbelto, una cara perfecta, un pelo largo, ensortijado y castaño, y unos ojos claros, que ahora parecían mayores, abiertos desmesuradamente por el asombro.

Pero, por sorprendente que pareciese, no cabía duda de lo que estaba haciendo. El armario, abierto de par en par; los cajones, fuera de su sitio, y los papeles, esparcidos por el suelo, decían bien a las claras que estaba robando. Sabía que acababa de ser sorprendida «in fraganti» y que no lo pasaría muy bien. En su rostro se pintó un gesto de terror al ver al recién llegado. Aterrada, suplicó:

—¡No dispare, señor Schuman! Yo... yo...

—No soy Schuman —repuso Selby—. ¿Por qué se figura que me llamo así?

Pero antes de que la muchacha respondiese, había dado con la contestación. Albert Schuman vivía en el número siete, pero de la planta trece. Exactamente debajo de su apartamento. Al apretar el botón del ascensor se había equivocado. Luego, sin comprobar en qué piso se encontraba, forzó la puerta. ¡Buena la había hecho! Sin embargo, Schuman tendría que agradecerle su equivocación. Cortando las confusas explicaciones de la chica gruñó:



—¡Quietos! Si hace el menor movimiento...

—Bien; me he equivocado y éste no es mi apartamento. De todas formas, no voy a consentir que roben a un vecino. ¿No le parece, «señorita»?

—Yo no estaba robando —afirmó con resolución la joven.

—Entonces, ¿qué hacía aquí? ¿Por qué le asustaba tanto pensar

que yo fuera Schuman y temía que disparase contra usted?

—Se lo diré si se guarda la pistola y me quiere escuchar unos minutos.

—Me parece —repuso, vacilante, Selby— que lo mejor sería avisar a la Policía.

—No lo haga, por favor —suplicó, angustiada, la muchacha—. Yo le juro que tenía perfecto derecho a venir aquí a estas horas. Buscaba algo que me pertenecía, algo que para mí tiene el mayor valor...

—¿No sería dinero? —preguntó, incrédulo, Hoffman.

—Le aseguro que no. Es posible que ni siquiera lo haya aquí. Era algo más importante: unas cartas de mi hermano Joe, muerto en acción de guerra.

La chica hablaba con acento de profunda sinceridad. Un poco a pesar suyo, Selby se sintió impresionado. Se había acercado a él; en su cara podía leer una súplica desesperada. Reacciono con violencia.

No la creo una sola palabra.

—Tendrá que crearme —insistió la joven—. Schuman es... lo que quizá ya sepa usted. Hace meses que amenaza a mi padre con la publicación de esas cartas. Pero aún no le basta: quiere obligarle a participar en una gran estafa.

La incredulidad de Selby se acentuó. No tenía el mejor concepto de Schuman, por el que, si bien no había cruzado la palabra arriba de tres o cuatro veces, sentía una antipatía profunda e instintiva. La mujer que todas las mañanas limpiaba su apartamento afirmaba que tenía algunos negocios raros. Pero esto podían ser habladurías de la señora Dockers, demasiado amiga de llevar y traer chismes y cuentos. En cualquier caso, no podía aprobar la actitud de la muchacha.

—Claro —reconoció— que yo tampoco tengo derecho a estar aquí. En definitiva, y aunque fuese por equivocación, entré violentando la puerta.

—Pues vámonos —replicó la joven—. Lo mejor es que no nos encuentren aquí.

—Se equivoca, señorita. Tendré que esperar la llegada de Schuman y ofrecerle mis excusas Por la rotura de la puerta.

—En ese caso, déjeme marchar. Le aseguro que no me he

llevado nada.

—Y ¿cómo podría saberlo? De cualquier manera, si me quedase solo, ¿se creería Schuman que había forzado por equivocación su puerta? ¿No daría por seguro que era yo el autor de todo esto?

Señalaba el armario abierto, los cajones fuera de su sitio, los papeles tirados por el suelo. Con lágrimas en los ojos, la muchacha trató de convencerle para que la dejara marchar. Apresuradamente contó una historia extraña. Toda su familia se componía de sus padres, en cuya compañía habitaba en Albany, y de un hermano, Joe, muerto años antes en Los Álamos.

—Era un auténtico sabio, aunque no tenía más que veinticinco años. Murió heroicamente cuando realizaba un arriesgado experimento atómico. Tan heroico, que después de su muerte se le concedió, a título póstumo, la Medalla del Congreso.

—¿Y tiene algo que ver su muerte con su presencia en esta casa?

Tras vacilar un instante, la muchacha resolvió hablar. Todo el mundo creía que Joe murió en el cumplimiento de su deber, superándolo incluso al insistir en participar voluntariamente en un experimento en el que tenía un máximo de probabilidades de encontrar la muerte.

—¿Y no fue así?

—Yo sigo creyendo que sí, pero Schuman dice tener pruebas en contrario. Asegura que, durante una breve temporada que pasó en Nueva York, meses antes de su muerte, conoció a una mujer, de la que se enamoró locamente. La mujer formaba parte del espionaje alemán. Mi hermano cometió la imprudencia de contarle muchas cosas; algunas, francamente comprometedoras.

»Quiso cortar, cuando ya había ido demasiado lejos. Se cruzaron varias cartas violentas entre él y la mujer, convenientemente aleccionada por sus jefes. Al fin, ésta le mandó un ultimátum: o le revelaba en forma clara, concreta y categórica los descubrimientos realizados en sus trabajos de investigación, o le denunciaba, con pruebas, como traidor a su país.

»Mi hermano prefirió la muerte a la traición o la deshonor. Se prestó voluntario a un experimento, del que se sabía que no saldría con vida. Pero antes cometió la torpeza de escribir a esa mujer, anunciándole que iba a morir. Ésa es la carta con la que Schuman nos ha estado robando durante los últimos meses».

El joven sabio era un héroe popular en Albany, donde residía la familia de la muchacha. Una calle llevaba su nombre; se le estaba erigiendo un monumento. ¿Qué ocurriría si aparecía la carta, si se sabía por ella que Joe se suicidó al verse envuelto en una red de espionaje?

—¿Qué pretendía Schuman a cambio de la carta?

—Mi padre es cajero del Firts National Bank, de Albany. Lleva treinta años trabajando allí y todos tienen la máxima confianza en él. Schuman quiere que, por medio de unos cheques falsificados, le permita llevarse doscientos mil dólares.

Selby comprendía claramente la situación. Si la carta se publicaba, la madre de Joe, orgullosa del heroísmo de su hijo, moriría de vergüenza y pesar. En caso contrario, si el padre realizaba la estafa, sería descubierto e iría a parar a presidio.

—¿Se da cuenta de por qué hube de tomar esta resolución desesperada?

—¿Y cree usted que la carta se encuentra aquí?

—Sí. Ayer mismo dijo Schuman a mi padre que la tenía aquí, en su despacho. Desgraciadamente, no he podido dar con ella. Acaso, porque su llegada me ha impedido completar la investigación.

¿Sería verdad cuanto afirmaba la muchacha o se trataría de un cuento habilidosamente urdido? Hoffman no estaba en condiciones de contestar a la pregunta, y menos cuando su cerebro no funcionaba con demasiada claridad. De cualquier forma, había una manera de salir de dudas. Propuso, resuelto:

—Vamos a buscarla.

La muchacha estaba ahora junto a la ventana, mirando con interés a la calle. Volviéndose, dijo, con un gesto de completa desesperanza:

—Demasiado tarde. Peter Smore acaba de apearse de un coche en la puerta. Dentro de dos minutos estará aquí.

Smore, como no ignoraba Selby, vivía en aquel piso en compañía de Schuman. Todavía le resultaba menos simpático que su compañero y amigo. Las pocas veces que habló con él le produjo una impresión francamente desfavorable. Con cierta ironía, la muchacha continuó:

—Podemos sentarnos a esperarle. Podrá contarle todo lo ocurrido. Quedará usted como un perfecto caballero.

Impresionado por la actitud de la joven, Selby tomó una repentina resolución. Cogiéndola del brazo, indicó:

—Vámonos. Mi piso está arriba. Nadie nos verá en la escalera. Allí podremos hablar con mayor calma.

Apagaron las luces y salieron, dejando la puerta del apartamento encajada. En medio minuto estaban en la planta superior. Se dirigieron al número siete. Ahora, la llave abrió sin la menor dificultad. La muchacha vaciló al entrar. Preguntó:

—¿Qué va usted a hacer?

—No lo sé todavía. Dejarla marchar, si me convenzo de que tiene razón. Llamar a la Policía, en caso contrario.

Cruzó el recibidor para penetrar en el despacho. Encendía la luz, cuando oyó un ruido a su espalda. Se volvió sorprendido. Agotadas sus fuerzas, la muchacha acababa de desmayarse.

Hoffman la cogió en brazos y la llevó al sofá de su despacho. Estuvo un momento contemplándola en silencio. Le pareció más bonita que antes y tuvo la impresión de que su desvanecimiento no era fingido. ¿Qué hacer en tales circunstancias? Selby no lo sabía. Quizá lo mejor fuese esperar a que se repusiera por sí sola. Seguramente no tardaría muchos minutos.

Pensativo, marchó hasta la ventana y se quedó mirando a la calle. El «taxi» en que viniese Smore se había marchado. Pero otro acababa de detenerse ante la puerta de la casa. ¿Schuman? Probablemente. De pronto, de sus labios se escapó un grito de sorpresa:

—¡Thomas Lowe!

Bien. No le desagradaba su visita. Lowe fue siempre un tipo inteligente. Acaso pudiese ayudarle ahora, dándole un buen consejo respecto a la chica. Salió al vestíbulo para recibirle, pero sufrió una profunda decepción.

Transcurrieron con desesperada lentitud los minutos y Lowe no apareció. Aunque hubiera subido andando, ya debía estar allí. Esperó un cuarto de hora, sin el menor resultado. Desconcertado, tornó al despacho. Por extraño que resultase, Thomas no había venido a verle a él.

Encontró a la muchacha sentada en el sofá. Había vuelto en sí y parecía un poco avergonzada de su debilidad. Con una sonrisa murmuró:

—¡Qué tonta soy! Ir a desmayarme ahora...

—Lo comprendo, señorita —repuso sonriendo también Selby—. Meterse en casa ajena utilizando una llave falsa debe ser muy emocionante. Y más aún que le sorprendan robando. Yo soy un hombre y acaso, acaso, me hubiera sucedido lo mismo...

Sin saber exactamente por qué se sentía atraído por la muchacha. Acaso fuese que el alcohol ingerido le hacía verla cien veces más bonita de lo que realmente era. En cualquier caso, cada vez estaba menos decidido a entregarla a la Policía.

—Ahora hablaremos con entera tranquilidad. Como no podrá salir hasta que pase el escándalo que Smore armará al ver el estado en que se encuentra su casa, tendremos dos o tres horas para poder charlar.

La joven asintió con un leve movimiento de cabeza. Sin hacerse rogar demasiado contó cuanto a su interlocutor pudiera interesarle saber. Se llamaba Jane Garland. Sus padres vivían en Albany, aunque ella trabajaba en una oficina de Nueva York. Pasaba los fines de semana con sus familiares; los demás días residía en una casa de Brooklyn. En los últimos tiempos advirtió que su padre estaba hondamente preocupado. Le hizo toda una serie de preguntas, a las que el viejo contestó con evasivas. Al final tuvo que confesar la verdad.

Desde tres meses antes, dos individuos, llamados Schuman y Smore, le estaban haciendo víctimas del más vergonzoso chantaje. Con la amenaza de hacer publicar en algún periódico las cartas que había escrito su hijo, le sacaron cuánto dinero pudiera ahorrar en el transcurso de su vida. Pero esto no les bastaba. Querían algo más: la cooperación del viejo John Lewis Garland en la estafa que preparaban contra el Firts National Bank.

—Mi padre fue siempre un hombre honrado y quiere seguir siéndolo. Los remordimientos le matarían si llegaba a secundar los turbios proyectos de Smore y Schuman. Pero si se niega, la publicación de las cartas del pobre Joe matará a su mujer.

El problema no parecía tener solución posible. La muchacha estuvo pensándolo mucho sin hallar remedio. Acudir a las autoridades serviría para que los chantajistas negaran su delito, al tiempo que ellos mismos pondrían en tela de juicio la conducta de Joe.

—Anteayer vino mi padre a Nueva York. Schuman le había hablado por teléfono. Le daban cuarenta y ocho horas para decidirse. Si mañana no había accedido a cuanto le pedían, actuarían sin contemplaciones.

Jane resolvió intervenir. En compañía de su padre estuvo en la casa en que ambos miserables vivían. Hablaron con Schuman. Todas las súplicas del viejo y la muchacha resultaron inútiles. Lo único que lograron fue la afirmación del interesado de que guardaban las cartas de Joe en algún punto de su apartamento.

En la mañana de aquel día, y tras ponerse de acuerdo telefónicamente con Schuman, Jane volvió a la casa. Utilizó toda clase de argumentos para convencer a su interlocutor. Pidió, rogó, amenazó. A su interlocutor no le conmovieron las súplicas ni le asustaron los supuestos peligros. Mirando fijamente a la muchacha, afirmó, con una cínica sonrisa en el rostro:

—Es usted muy bonita. Si quisiera habría un medio de arreglar las cosas.

Jane sintió asco y desprecio ante la insinuación. Sin embargo, fingió vacilar y hasta aceptó que Schuman la invitase a tomar un aperitivo. Había ido con un propósito preconcebido, ya que dudaba mucho del éxito de su gestión. Aprovechando un momento en que Schuman salió de la habitación para cambiarse de ropa, hizo un molde en cera de la llave de la puerta que vio sobre la mesa del despacho, dejándola luego donde la encontró.

—Sabía que Schuman y Smore suelen volver muy tarde a casa. Decidí entrar y buscar lo que me interesaba. Llevaría una hora entregada a la tarea, sin conseguir el menor resultado positivo, cuando se presentó usted.

El relato convenció a Selby. Acaso influyó en ello que la muchacha era joven y bonita; quizá lo creyó todo porque el «*whisky*» ingerido le infundía cierto optimismo, haciéndole ver únicamente el lado favorable de las cosas. Lo cierto es que, tras charlar una hora con Jane, acabó diciéndole:

—Creo que hizo bien, señorita. Lo único que siento es haber impedido, quizá, que encontrase lo que buscaba. Pero tenga la seguridad de que no diré una sola palabra de su entrada en el piso de Smore. Ni de la mía tampoco, naturalmente.

—¿Puedo irme entonces?

—Desde luego —repuso Selby, acompañándola hasta la salida. Escuchó con atención. En la escalera no se oía el menor ruido. O Smore no se había dado cuenta de nada o no le concedía la menor importancia—. Creo que puede usted marcharse. ¿Volveremos a vernos, *miss* Garland?

—Espero que sí —contestó la muchacha estrechando su mano—. Y que sea en condiciones más agradables.

La oyó bajar por la escalera y cerró tranquilamente la puerta del apartamento. Miró el reloj. Eran las dos de la madrugada. Lanzó un gruñido. Estaba muerto de sueño. La señora Dockers vendría a despertarle a las ocho, Tenía que darse prisa en dormir si no quería estar destrozado a la mañana siguiente.

Se desnudó con rapidez y se metió en la cama. A los pocos minutos dormía profundamente. Durante unas horas desaparecieron para él Jane Garland, Peter Smore, Albert Schuman y los extraordinarios acontecimientos de la noche anterior. De su letargo le sacaron unos golpes violentos en la puerta de la habitación y la voz de la señora Dockers llamándole a gritos.

Abrió trabajosamente los ojos, miró al reloj y quedó desconcertado. No eran más que las siete y media.

—Necesito hablarle inmediatamente, señor Hoffman. Ha ocurrido algo espantoso...

Malhumorado, se incorporó Selby, se puso la bata, se restregó los ojos y, medio adormilado aún, salió a ver qué le quería la señora Dockers. Apenas le vio la buena mujer, en cuyos ojos se leía la alegría de dar una noticia sensacional, le dijo a voces:

—¿No se ha enterado de lo sucedido, señor Hoffman?

—¡Claro que no! —Gruñó molesto Selby—. ¿No ve que me levanto ahora? ¿Qué ha pasado para que me despierte media hora antes?

—Una cosa terrible. Han matado al señor Smore...

—¿Al vecino de abajo, a Peter Smore? —inquirió estremeciéndose Selby, que no acababa de dar crédito a sus oídos.

—Al mismo, señor —replicó la mujer satisfecha al ver el efecto que producían sus palabras—. Hace media hora que la señora Smith, cuando entró a limpiar, le encontró en el suelo con un cuchillo clavado en el pecho. Abajo está la Policía.

Por el cerebro de Hoffman cruzó el recuerdo de lo sucedido la

noche anterior, Jane Garland había estado en el piso; él también penetró forzando la puerta. ¿No sospecharían de ellos? Preguntó:

—¿Sabes quién es el autor? ¿Lo han cogido ya?

Con un gesto de suficiencia, la mujer inició unas largas explicaciones. No, no habían encontrado al autor. En cuanto a su identidad, no creía que pudiesen haber grandes dudas. Schuman, el compañero del muerto, no había dormido en la casa la noche anterior. Aunque aparentaban ser buenos amigos, no se llevaban nada bien. La señora Smith les había visto pelearse con frecuencia, dedicándose los mayores insultos. Posiblemente habían reñido la noche anterior y Schuman mató a Smore.

—Ha simulado que forzaba la puerta y tirado todos los paneles por el suelo para hacer creer en un robo. Pero a mí no me engaña. Hablando con la señora Smith, ya la he dicho...

Selby no la escuchaba. Se dejó caer en un sillón y su pensamiento volvió a los sucesos de seis horas antes.

Se dio cuenta del embrollo en que estaba metido. ¿Qué pasaría si llegaba a descubrirse que había estado en el lugar del crimen y que entró forzando la puerta? ¿Creería nadie su explicación respecto al error cometido y a la presencia de la muchacha? ¿Habría forma de dar con ella en una ciudad como Nueva York con millones y millones de habitantes? Posiblemente, no. Y todo aquél lío podía muy bien terminar en la silla eléctrica.

Se estremeció de pies a cabeza. De pronto se dio cuenta de que el timbre del teléfono estaba sonando. Miró desconcertado en torno suyo. Estaba solo. La mujer de la limpieza, convencida de que no la escuchaba, había vuelto a la escalera para enterarse de cuánto abajo ocurría. Cogió el auricular. Oyó una voz femenina, que reconoció en el acto:

—¿Señor Hoffman? Soy Jane Garland. ¿Me recuerda?

—Claro que la recuerdo —exclamó nervioso Selby—. Si supiera lo que ha pasado...

—Lo sé —replicó serenamente la muchacha—. Le llamo por eso. Quería pedirle un gran favor.

—¿Un favor?

—Sí. Que si alguien le pregunta, no diga una sola palabra de su entrada en el apartamento de Smore, Ni tampoco de que me vio en él. Ya comprenderá que si lo llegasen a saber, usted y yo...

—Pero...

—Es el favor más grande que puedo pedirle. ¡Hágalo por lo que más quiera! Yo iré a explicarle...

La comunicación se cortó bruscamente al llegar aquí. Resultaron inútiles los esfuerzos de Selby por dar con Jane. Todo lo que logró averiguar fue que le habían llamado desde un teléfono público de Brooklyn.

Quedo más abrumado que antes. Indudablemente, Jane era la autora del crimen. ¿Cómo podía estar enterada en caso contrario cuando sólo hacía media hora que fue descubierto el cadáver? Le había pedido que callase. Pero ¿podía hacerlo? ¿Cuál sería su situación si no decía una palabra y llegaba a descubrirse por medio de las huellas dejadas en la puerta que fue quien violentó la cerradura?

Volvió a sonar el timbre del teléfono. Lo cogió con la esperanza de que fuese Jane quién llamaba. Su desencanto no tuvo límites al escuchar la voz de Thomas Lowe. De mala gana respondió a su saludo. De pronto, Lowe dijo algo, que vino a aumentar su desconcierto:

—Te agradecería mucho que no dijese que anoche fui acompañándote hasta tu casa. Podría resultar muy desagradable para mí.

—Pero es que...

—No hay pero que valga. ¿Recuerdas cuando te salvé la vida en Francia? ¡Pues ha llegado el momento de pagarme aquella deuda! Si hablas es muy posible que no llegue vivo al día de mañana...



II

UN CRIMEN MÁS



URANTE los diez minutos siguientes, Hoffman permaneció hundido en el sillón, sin saber qué hacer. Cada vez veía más turbio y confuso lo sucedido la noche anterior. Tras hablar con Jane había dado por descontado que fue ella la autora del crimen. Ahora surgía otro posible culpable. ¿A qué volvió Lowe a la casa la noche anterior? ¿Por qué tenía tanto interés en que nadie supiera que había estado por los alrededores? La explicación sólo podía ser una.

Creyó que podría despejar un poco sus ideas con un buen baño. Se lo dio.

El nombre de Jimmy Larski acudió a su memoria. Larski

ocupaba un cargo importante en la Policía de la ciudad. Iría a verle, pidiéndole consejo tras contarle toda la verdad. Jimmy le indicaría lo más conveniente. Y cuanto antes le viera sería mejor.

Se vistió apresuradamente, disponiéndose a salir. Iba a hacerlo cuando llamaron a la puerta.

Era Jane Garland, acaso más hermosa que la noche anterior, pero con un gesto de grave preocupación en el semblante.

—Tengo que hablarle con urgencia.

Cerrando la puerta tras ella, Selby la hizo pasar a su despacho. Una vez allí, sin poderse contener, exclamó:

—¿Cómo conocía usted el crimen? ¿Acaso fue quien le mató?

—¡Oh, no!, de ninguna manera. Creo que tenía bien merecida la muerte, pero no fui yo quien le asesinó.

—¿Entonces...?

—Le diré con entera claridad cuánto sé. Cuando anoche me separé de usted, tuve que pasar por delante del apartamento de Smore. La puerta estaba abierta de par en par; dentro había luz. Miré y no vi a nadie; escuché y no oí nada. Entonces, impulsada por la curiosidad, entré...

No fue solo la curiosidad lo que le impulsó. Suponía que Smore, al advertir que el piso había sido robado, marchó en busca de su amigo y colega Schuman para darle cuenta de lo sucedido. Era posible que los documentos que le interesaban estuvieran todavía allí. Penetró en su busca.

No permaneció dentro mucho tiempo. Apenas llegó al despacho cuando vio algo que heló la sangre en sus venas. Delante de la mesa, junto al sillón en que un rato antes estuvo sentada, vio un hombre caído en el suelo. Le reconoció en el acto: era Peter Smore. Estaba muerto. En el pecho tenía clavado un puñal. Aterrada no quiso continuar allí. Corrió a la salida, bajó de tres en tres los escalones y dos minutos después se encontraba en la calle.

De vuelta en su casa, pensó mucho en lo que convenía hacer. No llegó a una conclusión satisfactoria. Por la mañana, apenas se levantó, fue a un teléfono público y llamó a Selby. Estaba hablando cuando la comunicación se interrumpió. No quiso esperar a reanudarla. Cogió un «taxi» y marchó en su busca.

—¿Tocó usted el arma con que le mataron? —preguntó inquieto y preocupado Hoffman.

—De ninguna manera. Apenas vi que estaba muerto; no tuve ni ánimos sino para echar a correr. Ni siquiera me preocupé de buscar los documentos que me interesaban. Ahora es posible que los encuentre la Policía y...

—No se preocupe por eso, señorita Garland —la interrumpió Selby—. Hay otras cosas mucho más graves. ¿No ha pensado que usted o yo podemos ser acusados del crimen?

—Claro que sí. Por eso precisamente le rogué que no dijese una sola palabra de nuestro encuentro de anoche.

—Sin embargo —repuso resuelto Selby—, yo opino que lo mejor es decir toda la verdad.

—¿Y si suponen que fuimos nosotros?

—No habrá posibilidad alguna. Yo declararé que me asomé a la ventana y la vi salir un minuto después de abandonar mi apartamento.

La muchacha vacilaba. Con sus vacilaciones vino a terminar la señora Dockers. La buena mujer regresaba para reanudar su tarea, satisfecha con las noticias que había podido obtener. La Policía no dejaba que nadie penetrase en el apartamento, naturalmente. Pero sus fuentes de información no podían ser más interesantes. Por enésima vez, la señora Smith le había contado cómo encontró el cadáver. Pero lo más importante era lo que la portera la había dicho. Según ella, su marido vio entrar sobre las once y media de la noche a una señorita, a la que conocía, porque en dos ocasiones anteriores fue de visita a casa del señor Smore.

—Esto explica lo del pañolito —afirmó muy satisfecha.

—¿Qué pañolito? —inquirió sorprendido Selby.

La mujer se lo dijo. La Policía había encontrado en el despacho un pañuelo femenino, marcado con dos Iniciales: J. G.

—Parece como si creyeran que esa mujer pudo ser la autora del crimen —añadió la señora Dockers—. Pero yo sigo creyendo que fue el señor Schuman. ¿Por qué, en caso contrario, no ha sido posible dar todavía con él?

Jane se había puesto ligeramente pálida durante el relato de la mujer. Cuando la asistente salió, Selby la preguntó en voz baja:

—¿No cree ahora que lo mejor es que contemos toda la verdad?

La muchacha inclinó la cabeza en gesto afirmativo. No ocultaba, sin embargo, sus temores. No sólo por sí, naturalmente, sino porque

podían aparecer en la Prensa informaciones respecto a la muerte de su hermano.

—Creo que podré lograr que no se hable una sola palabra de ese asunto. Conozco mucho al Inspector-jefe de Policía. Me hará caso. Se investigará la muerte de Schuman, pero no aparecerá el nombre de Joe Garland.

Jane pareció tranquilizada. Pidió, no obstante, que ambos hablasen con su padre antes de entrevistarse con Jimmy Larski. Selby lo comprendía. En definitiva, el señor Garland podía confirmar punto por punto las afirmaciones de su hija, presentando incluso pruebas del chantaje de que le hacían víctima los dos miserables.

Marcharon en su busca y le encontraron en un establecimiento cercano a Broadway. Walter Garland era un hombre alto, delgado, de rostro anguloso y aire simpático. Tendría unos sesenta años y el pelo blanco. En su mirada podía leerse ahora una profunda preocupación.

Jane hizo las presentaciones. El señor Garland parecía perfectamente enterado de cuánto ocurrió la noche anterior. Escuchó con interés la opinión de Selby, meditó un instante, y luego afirmó:

—Tiene razón, señor Hoffman. Lo mejor es acudir a la Policía y contarle cuánto sabemos.

Una hora más tarde los tres se encontraban en el despacho de Jimmy Larski, en la Jefatura de Policía. Larski escuchó con toda atención el relato que hizo Selby Hoffman y en el que tuvo buen cuidado de no mencionar para nada a Thomas Lowe. Cuando concluyó Jimmy, le dijo:

—Has hecho bien en venir a verme y hacer espontáneamente esa declaración. En caso contrario hubiésemos tenido que detenerte.

—¿Detenerme?

—Sí. John Lewis, encargado del asunto, es uno de nuestros mejores agentes. Concedió importancia desde el primer instante a la puerta violentada, habló con el portero nocturno, tomó las huellas dactilares y subió a tu piso. No te encontró, porque según la asistenta acababas de salir con una señorita. Pero pudo comprobar, sin la menor duda, que fuiste tú quien forzaste el piso de Smore.

Aceptaba como buena su explicación. Primero porque estaba de

perfecto acuerdo con todo lo que Lewis había averiguado hasta el momento. Y segundo y principal, porque le conocía desde varios años atrás y tenía del periodista el mejor de los conceptos.

—Perfectamente. Quedas libre de toda sospecha. Ahora me gustaría que esta señorita nos contase todo lo que sepa.

No sin ciertas vacilaciones, Jane Garland hizo su relato. Larski la escuchó con entera calma. Cuando la muchacha concluyó, preguntó, mirándola con cierta gravedad:

—¿Por qué no me dice toda la verdad? ¿No comprende que ocultar una parte de lo que sabe puede perjudicarle extraordinariamente?

Jane no logró dominar un grito de asombro. Selby quiso intervenir, pero Larski le contuvo con un gesto. Añadió:

—Ya sé que, según tú, esta señorita salió del edificio a los dos minutos de abandonar tu apartamento. Pero lo que quiero saber concretamente es esto: ¿Se encontró con alguien en la escalera?

—Le aseguro que no —afirmó estremeciéndose la muchacha.

—Vamos a verlo —repuso, sin darse por vencido Larski. Luego, volviéndose hacia un policía, que permanecía en pie junto a una puerta lateral, le ordenó—: Traiga a ese individuo.

El individuo en cuestión no tardó en presentarse acompañado del policía. Era, como Selby comprobó en el acto, Jonás McLane, el portero nocturno del edificio. Larski le miró con gesto de clara interrogación. Los ojos de McLane se clavaron con fijeza en Garland. Después afirmó:

—Ése es.

—¿Está seguro?

—Completamente. No pude confundirle con nadie.

—Perfectamente. Puede marcharse a su casa, Jonás.

Tanto Jane como su padre experimentaron un cambio radical. El viejo parecía abrumado y vencido; la muchacha se había dejado caer sobre un sillón, retorciéndose las manos desesperada. Larski sonreía satisfecho y triunfal. Sólo Selby no acababa de comprender lo que sucedía. Desconcertado, preguntó:

—¿Quieres explicarme todo esto, Jimmy? ¿De qué acusan al señor Garland?

—Del asesinato de Smore. Nada más que eso. ¿Te parece poco? Y tenemos buenas razones para pensarlo. ¿No lo cree así, señor

Garland?

El interesado inclinó la cabeza en gesto de desolado asentimiento. Selby tornó a preguntar:

—¿Y cómo y por qué podéis acusarle? No estuvo anoche en la casa. Yo vi salir a su hija y...

—Tú no viste nada, Selby —le atajó Larski—. El portero vio salir a esta señorita a la misma hora, aproximadamente, en que dejó tu apartamento. Pero no salió sola. Con ella iba un hombre de cierta edad: su padre. Ahora, como comprenderás, necesito hacer tanto a él como a su hija algunas preguntas.

Comenzó por Jane. Entre sollozos la muchacha contó lo que había ocultado hasta entonces. Al pasar por delante del apartamento de Schuman vio que la puerta estaba abierta. Entró impulsada por la curiosidad. Vio en el suelo el cadáver del chantajista. Pero en la habitación estaba Garland. Contemplaba absorto el cuerpo de Smore. Asustada, su hija le cogió de un brazo, urgiéndole a marcharse de allí. Al final de su relato, afirmó:

—¡Estoy segura, absolutamente segura, de que no fue mi padre quien le mató!

—Ésa es una opinión explicable en usted, señorita; pero que nosotros no podemos compartir en absoluto.

Se volvió hacia Garland, invitándole a prestar declaración. Walter comenzó en tono apagado. Habló de la muerte de su hijo Joe y del chantaje de que le hacían víctima Smore y Schuman. Para impedir la publicación de ciertas cartas del hijo que hubieran significado un disgusto mortal para su mujer, que se hallaba gravemente enferma, entregó a aquellos miserables cuánto dinero había conseguido ahorrar en el transcurso de su vida. Nada satisfacía a sus enemigos. Le exigieron la comisión de un grave delito, dándole un plazo que terminaba aquel mismo día.

—Celebré varias entrevistas con Schuman y Smore, sin lograr que modificasen su actitud. Por la noche, desesperado, fui a su casa. Llevaba un revólver en el bolsillo y estaba decidido a matarles con tal de destruir las cartas de mi hijo...

—Entonces —le interrumpió Larski—, ¿reconoce que asesinó a Peter Smore?

—No —replicó con firmeza el viejo—. No le maté. Cuando subí, la puerta del apartamento aparecía abierta de par en par. Penetré

con resolución. Encontré la casa en completo desorden y a Smore muerto en medio de un charco de sangre.

Desconcertado permaneció unos minutos allí sin saber qué hacer ni qué pensar. Inesperadamente, vio aparecer a su hija. La muchacha le sacó de su abstracción, haciéndole comprender la necesidad de alejarse cuanto antes. Obedeció como un autómatas. Hasta que estuvieron en la calle no fue capaz de preguntar nada. Jane le explicó el motivo de su presencia. Con voz solemne y firme, el señor Garland concluyó:

—Yo le juro ante Dios que no maté a Peter Smore.

Bastaba ver la expresión de Larski para comprender que no le creía. Selby lo comprendía. De los tres sospechosos, el viejo era quien mayores indicios tenía en contra suya. La explicación dada por él estaba confirmada en todas sus partes por Jane; la de Jane, por su declaración, la de su padre y la del portero, señalando que abandonó el edificio minutos después de la hora en que salió del apartamento de Hoffman. Garland, en cambio, no contaba con nadie que pudiera probar su coartada. Tenía motivos suficientes para matar a Smore; no ocultaba que fue a su casa para terminar con él; era el primero que le había visto muerto y probablemente el que le mató.

—Sintiéndolo mucho —afirmó Larski—, tengo que detenerle, señor Garland. Tenga muy en cuenta que todo lo que diga en adelante podrá ser utilizado en contra suya.

El policía de la puerta invitó al viejo a acompañarle. Jane marchó en seguimiento de su padre. Selby quedó a solas con Larski. Durante unos minutos permaneció en completo silencio. Todo parecía indicar que Garland era el asesino. No obstante, no resistía a creerlo.

Habló en tal sentido. Había sacado la clara impresión de que el viejo decía la verdad. Estaba seguro de su inocencia. Jimmy le oía sonriendo con escepticismo. Al cabo le atajó:

—Ya opino todo lo contrario. Y, desgraciadamente para Garland, creo estar en lo cierto.

—¿No pudo ser otro el asesino?

—¿Quién? El portero, que estuvo toda la noche en su puesto, os vio entrar a ti, a Smore, al viejo y a su hija. Salir, sólo salieron estos dos últimos. Es evidente que la víctima no se suicidó; tú y la

muchacha habéis probado bastante bien vuestras coartadas. Sólo nos queda Walter Garland. Ése tuvo que ser y ése fue.

—Salvo que entrase en el edificio alguna otra persona que no viese McLane.

—Sería demasiada casualidad. No es corriente que ocho o diez personas decidan matar a un hombre precisamente a la misma hora. Es suficiente con una. Y ésa una, a la que todos han visto, que estuvo en el lugar del suceso y que no puede probar su inocencia, tiene que ser el culpable.

Selby discrepaba, naturalmente. En la casa había penetrado, como mínimo, otra persona: Thomas Lowe. ¿A qué fue? ¿Por qué tenía aquella mañana tanto interés en ocultar que había estado por los alrededores del lugar del crimen?

No dijo, naturalmente, una sola palabra de su amigo. En cambio, habló con amplitud de Alhelí Schuman. Según la mujer que limpiaba el apartamento, la misma que descubrió el cadáver, Smore tenía frecuentes y violentas disputas con la víctima. ¿No podía ser el asesino?

Larski, respondió un tanto desconcertado. Estaba seguro de que Walter Garland era el culpable de la muerte de Smore. Sin embargo, le sorprendía un tanto la desaparición de Schuman. El cadáver de su compañero y amigo había sido descubierto a las siete de la mañana; eran ya las dos de la tarde y aún no habían dado con Albert, cuya declaración juzgaban del mayor interés.

Nadie parecía haberle visto desde las ocho de la tarde del día anterior. A esa hora salió del Marrocco, un club nocturno cercano a Broadway, diciendo que estaría de vuelta un par de horas después. Pero ni regresó ni fue a su casa ni había manera de averiguar dónde había estado o lo que había hecho.

—¿Y no pudo matar a Smore?

—Larski movió negativamente la cabeza. Jonás, el portero nocturno, que le conocía bien, afirmaba que no le había visto entrar aquella noche. La Policía necesitaba interrogarle, claro está. Pero Jimmy suponía por adelantado que podría tener una buena coartada.

—¿Y no crees que sería conveniente solicitar la intervención del F. B. I.?

Apenas formulada la pregunta, comprendió que Larski estaba

muy lejos de mostrarse inclinado a complacerle. No le sorprendió demasiado. De sobra sabía que la Policía, local o estatal, de cualquier ciudad de los Estados Unidos, sentía celos irreprimibles contra la organización federal. Los éxitos alcanzados por el Federal Bureau of Investigation les irritaba sobre manera. Querían ser ellos quienes resolvieran todos los problemas, sin consentir, salvo cuando humanamente les resultaba imposible, la intervención del organismo policiaco nacional.

—¿Por qué había de intervenir? —repuso malhumorado Jimmy—. Este asunto está, perfectamente claro. Se trata de un crimen como consecuencia de un intento de chantaje. Es un caso que cae de lleno dentro de nuestra jurisdicción y que, afortunadamente, hemos resuelto ya.

No hubo manera de sacarle de aquí. Buscaría a Schuman para hacerle algunas preguntas, pero estaba convencido de que nada había tenido que ver en el crimen. Daba por seguro que Walter Garland fue el asesino. Era natural y lógico que lo negase, pero no desconfiaba de que acabase reconociendo su delito.

Cuando Selby salió de la jefatura policiaca encontró a Jane esperándole en la puerta. La muchacha estaba desolada. La detención de su padre le había afectado profundamente. Estaba segura de que era inocente, pero no veía forma de poderlo probar. Selby se creyó en el caso de ofrecerle su ayuda:

—Cuenta conmigo, señorita Garland. Yo también tengo el convencimiento de que no fue su padre. Y haré lo posible y lo imposible por coger al verdadero culpable. Durante varias horas había dado por descontado que era el autor del crimen. Pero cuando por la mañana habló de nuevo con Larski, hubo de abandonar definitivamente aquella idea. Porque a Schuman le habían encontrado, pero muerto.

—Le mataron sobre las ocho y media de anteanoche. Encontramos su cadáver en un garaje abandonado cerca de la orilla del Hudson. Tenía la cabeza deshecha de un martillazo asestado por la espalda.



III

INTENTO DE SECUESTRO



A muerte de Schuman echaba por tierra una de sus hipótesis. No podía haber asesinado a Smore, ya que le mataron a él cuatro o cinco horas antes. Lejos de confirmarse sus esperanzas de que el misterio comenzaría a aclararse al encontrar al otro chantajista, se oscurecía más. Cabía en lo posible que ambos crímenes estuvieran estrechamente relacionados. Incluso que una misma persona fuese la autora. En este caso habría que descartar a Walter Garland. La Policía había

podido comprobar que alrededor de las nueve de aquella noche el viejo cenaba en unión de su hija en un restaurante de Brooklyn.

Se disponía a lanzarse a la calle en busca de Jane, cuando llamaron a la puerta. Abrió ésta para encontrarse con el rostro sonriente de Thomas Lowe.

—Quiero hablar contigo, Selby, deseo hacerlo a solas.

Hoffman tenía tanto interés como su amigo en sostener con él una extensa charla. Había callado hasta entonces, pero no estaba muy dispuesto a seguir haciéndolo, si su silencio podía traer aparejada la condena de Walter Garland. Hizo un gesto a la señora Docker para que les dejase solos y se encerró con su amigo en el despacho. Thomas habló inmediatamente.

—Supongo que te sorprendería mucho el favor que te pedí ayer. Debió parecerte incomprensible; sospechoso incluso, al conocer el asesinato de Peter Smore, ¿no?

—Mucho más sospechoso de lo que te figuras. Tanto, que de no verte hoy hubiese hablado con entera claridad diciéndolo todo.

—Y ¿qué es todo, si puede saberse?

—Que sobre la una de la madrugada, veinte minutos después de dejarme en la puerta de mi casa, volviste a este edificio.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Te vi desde la ventana. Me sorprendió bastante. A la mañana siguiente, cuando me enteré del asesinato de Smore, pensé en ti. Tu llamada telefónica me desconcertó. Traté de verte y nadie te conocía en las señas que me diste. Como tengo la seguridad de que Garland no fue el autor del crimen...

—Tienes razón. Yo también tengo la seguridad de que no fue Garland el autor del crimen.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió receloso Selby.

—Porque cuando yo llegué al piso de Smore, le encontré muerto ya.

Habló sin necesidad de que le hiciesen nuevas preguntas. Había llegado cuando le vio Selby. Tuvo buen cuidado de que el portero no advirtiera su presencia, pasando agachado ante su cuchitril y desdeñando el ascensor para subir a pie la escalera. Tardó varios minutos en arribar.

—Me sorprendió que la puerta estuviese abierta. Encontré la explicación en el despacho, viendo a Smore tendido en el suelo y

con un cuchillo clavado en el pecho.

Comprendió la conveniencia de alejarse cuanto antes. Salió con rapidez. Iniciaba el descenso de la escalera, cuando vio subir al ascensor. Se detuvo un instante, curioso por saber quién llegaba en aquel momento. Pude ver a un individuo alto, delgado, de edad avanzada, que daba muestras de gran nerviosidad. Le dejé penetrar en el apartamento y corrí escaleras abajo, temeroso de que sus gritos diesen la voz de alarma.

—¿Cuáles eran tus relaciones con Smore?

—Negocios —repuso con cierto eufemismo Lowe—. Smore y Schuman tenían un club nocturno llamado Marrocco. No exageraría demasiado si te dijese que el club es una tapadera de ciertas actividades. Y tampoco mentiría al decirte que yo no soy totalmente ajeno a ellas.

Una rápida sospecha cruzó por el pensamiento de Hoffman. Thomas hablaba en pretérito, no sólo de Smore, sino de Schuman. ¿Estaría enterado del asesinato de este último? Como si adivinara sus inquietudes, Lowe añadió con una sonrisa:

—Sí. Ya sé que a Schuman le asesinaron también y que la Policía encontró su cadáver anoche. Lo he leído en tu propio periódico hace un momento.

—En realidad, antes de comprar el «Mornings», ya estaba enterado de la muerte de Schuman. Podría decirte incluso más: hace veinte horas que suponía y esperaba algo semejante.

Nuevamente se despertaron las sospechas de Selby. Sin poderse contener, preguntó:

—¿Acaso tú...?

—¿Le maté? No; puedes tener la seguridad de que nada tuve que ver en este crimen, como tampoco intervine en la muerte de Smore. Los dos merecían la suerte que han corrido. El mundo no pierde gran cosa con su desaparición. De todas formas, me contraría profundamente lo ocurrido.

—¿Podría saber por qué?

—Sería demasiado largo de explicar. Acaso te baste con una cosa, si llegaran a sospechar de mí, no creo que mi vida fuera muy larga. Y no me refiero, naturalmente, a la Policía. Hay alguien cien veces más peligroso que tu amigo Larski, John Lewis, o cualquiera de sus compañeros...

—¿El posible asesino de Smore Schuman?

—No. Si el individuo a que me refiero tuviera motivos para celebrar su muerte, no dudaría en considerarle autor. Es precisamente lo que más me desconcierta.

—¿Y te asusta?

—Más de lo que puedes imaginarte. Si ayer me apresuré a pedirte que no hablaras de mi visita a esta casa de la noche anterior, no fue por temor a la Policía. Si los periódicos llegan a decir que estuve por aquí, es muy probable que a esta hora no fueran dos, sino tres, los crímenes que preocupasen a la Policía de Nueva York.

—Hay que libertar a Garland, Thomas.

—Sí, mi declaración bastaría para que desaparecieran todos los cargos acumulados contra él. Pero a cambio de ese bien —pequeño e insignificante, porque tarde o temprano se demostrará su inocencia—, sobrevendrían no pocos males. Y acaso el menor de todos fuera que jamás se llegara a saber quiénes y por qué mataron a Smore y Schuman.

Los celos de Selby aumentaban, lejos de desvanecerse. ¿Habría algo de verdad en lo que insinuaba Lowe? Lo dudaba. Un ataque de terror pánico podía admitirlo en cualquier otro hombre; en Thomas, no. Cien veces le había visto entrar en combate con la sonrisa en los labios, afrontar sin pestañear los mayores peligros, conservar la serenidad para seguir luchando cuando todos sus compañeros habían perdido la cabeza.

Thomas comprendió lo que estaba pensando. Afrontó de cara la situación.

—Dímelo con entera sinceridad. Entre nosotros no debemos andar con rodeos y medias tintas.

Selby Hoffman se expresó entonces sin la menor reserva.

—No te falta razón para pensar así —reconoció Thomas. De todas formas, debías conocerme lo suficiente para no tenerme por un asesino cobarde. No puedo hablar ahora; no puedo presentar siquiera pruebas de mi inocencia; necesito, por encima de todas las cosas, que nadie sepa que he estado contigo. Pero para tranquilizar tu conciencia, quiero hacerte una proposición.

Redactaría, de su puño y letra, una declaración explícita y categórica repitiendo palabra por palabra cuanto le había dicho.

Con ella habría más que suficiente para poner en libertad a Garland, libre ya de toda posible sospecha. A cambio, Hoffman tenía que empeñar su palabra de honor de no aludir para nada su confesión durante unos días. La guardaría en lugar seguro por espacio de una semana.

—Si para entonces la Policía no ha logrado aclarar nada, puedes entregar mi declaración a Jimmy Larski. Yo explicaré entonces los motivos qué tengo para callar ahora. Ten la seguridad de que los encontrarás perfectamente lógicos. Y comprenderás por qué tengo ahora más interés que tú, incluso más que el propio Garland, en descubrir quién o quiénes mataron a Smore y Schuman.

Se negó en redondo a decir una sola palabra respecto al alcance o significación a que había aludido. Tenía la plena seguridad de que no estaba relacionada con los crímenes cometidos dos noches antes. Pero estaba interesado en aclarar éstos y prestaría toda posible colaboración a su amigo.

Estimaba muy posible que la clave de ambos asesinatos hubiera de hallarse en el Marrocco. Habló extensamente de este club nocturno. Como Selby sabía ya, Smore y Schuman figuraban entre sus propietarios. Ahí tenían su centro de operaciones y dirigían su nada limpias actividades. Ignoraba, naturalmente, quién sería el criminal y las razones que pudieron impulsarle.

—Hay varios que podrían desear su muerte. Luigi Bandello, por ejemplo, un camarero italiano, «*maître*» del local, o James Anderson, un caballero un tanto misterioso, que tiene una opción de compra del Marrocco.

La Policía les había interrogado, con todo detenimiento, la noche anterior. Todas las sospechas se desvanecieron en contados minutos. El italiano había permanecido en el Marrocco desde primera hora de la tarde, hasta las tres de la madrugada. Anderson, que estuvo en él local a media tarde, se fue un poco enfermo a su hotel a las siete de la tarde. Había permanecido acostado en su habitación hasta las nueve, en que vino a buscarle, para cenar en su compañía, Peter Smore. Cenaron en el hotel mismo, charlaron hasta las once y media, y a esa hora se despidió su invitado, para volver a su habitación. Un cuarto de hora después pidió un soporífero, ya que no podía conciliar el sueño, y el camarero que se lo llevó y le encontró acostado en su cama. Se levantó pronto a la mañana

siguiente y sólo se enteró de la muerte de Smore cuando a mediodía acudió la Policía a preguntarle por su cena de la noche anterior.

Su declaración estaba confirmada por varios empleados del hotel y por el testimonio de quienes a las doce de la noche vieron a Smore, alegre y sonriente como de costumbre, dar una vuelta por el Marrocco antes de irse a su casa.

Hoffman había escuchado con extraordinario interés las manifestaciones de su amigo. Pensaba también que en el club nocturno pudiera hallarse la clave de ambos crímenes. Admitía que las coartadas de Bandello y Anderson estuvieran plenamente probadas. Pero ¿no habría alguien más por allí interesado en la desaparición de Peter y Albert? ¿Alguna mujer, por ejemplo?

—Sí —repuso sonriendo con ligera ironía Lowe—, hay una mujer capaz de centrar todas las sospechas: Molly Turner. Es guapa, ambiciosa, sin escrúpulos; tenía relaciones estrechas con Smore y Schuman. Participó en muchos de sus negocios y no le temblaría la mano para matarlos, si con, su muerte podía embolsarse unos millares de dólares.

—Entonces...

Estuvo en el Marrocco hasta la una; luego se marchó en compañía de un amigo. Además, es posible que sea quien pierda más con la muerte de sus viejos cómplices.

Cuando Thomas Lowe se marchó, Selby quedó hundido en profundas meditaciones. No acababa de creer por entero en la inocencia de Lowe; tampoco se explicaba satisfactoriamente las razones que le impulsaban a no presentarse a la Policía, contándole cuánto sabía. De cualquier forma, le tranquilizaba saber que en un momento determinado podría conseguir la libertad del padre de Jane, gracias a la declaración de su amigo. Lo único malo era que, cumpliendo la palabra empeñada, tendría que esperar ocho interminables días.

De su abstracción le sacó el repiqueteo del timbre del teléfono. Descolgó distraídamente el auricular. Una voz aguda le preguntó:

—¿Selby Hoffman?

—Al aparato. ¿Quién habla?

—Importa poco quién sea. Únicamente quiero darle un buen consejo: abandone sus investigaciones en torno a la muerte de Smore. En caso contrario, tendrá que sentir...

La comunicación se interrumpió bruscamente. Hoffman comprendió que su interlocutor había colgado el auricular. Llamó a la central, pero sólo consiguió averiguar que la llamada había sido realizada desde un teléfono público de Broadway. No pudo saber quién era su interlocutor. Y ni siquiera estaba seguro de su sexo.

Al principio, juzgando por el tono agudo, chillón casi, de la voz, supuso que se trataba de una mujer. Después, tras pensarlo unos minutos, decidió que muy bien pudiera tratarse de un hombre que hubiera atiplado su voz con ánimo de desfigurarla. Posiblemente se tratara del propio asesino. Pero ¿cómo encontrarlo?

Resolvió ir en busca de Larski. Le halló en su despacho, un tanto desconcertado por la muerte de Schuman. Había pasado toda la noche trabajando en este caso, sin lograr descubrir nada. Se lo dijo a Hoffman con entera claridad. Al parecer, la víctima había salido sólo del *cabaret* sobre las ocho de la noche. Fue a un antiguo garaje que había alquilado dos días antes, con propósitos que la Policía ignoraba aún. Al entrar en el garaje, cuyas llaves tenía, debieron asesinarle.

—Encontramos su cadáver veinticuatro horas largas después del crimen. Le mataron de un martillazo asestado por la espalda.

Había interrogado los posibles sospechosos. Todos sin excepción justificaron dónde se encontraban en el momento del crimen. Larski había llegado a pensar que pudo matarle Walter Garland, pero también esta esperanza de solución se desvaneció en el acto.

—¿Y no crees que pueda tener estrecha relación su muerte con la de Smore? ¿Ser otra, incluso de la misma persona?

Larski negaba con firmeza esto último. A Smore le mató el padre de Jane, que evidentemente no asesinó a Schuman. ¿Relación entre ambos crímenes? Lo dudaba. Más bien suponía que se trataba de una coincidencia, extraordinaria, desde luego, pero no por ello menos casual.

Selby tornó a hablar de la conveniencia de poner el caso en manos del

F. B. I.,

o, cuando menos, pedir su intervención en el caso. Larski respondió alterado, con una negativa rotunda. Se trataba de crímenes vulgares, que caían de lleno dentro de sus atribuciones. Eran dos chantajistas, asesinados, posiblemente, por alguna de sus víctimas.

Al autor de uno de los crímenes le habían cogido ya; al otro le cogerían más pronto o más tarde.

—Pero en el fondo de su chantaje había claros delitos de espionaje y éstos corresponden por entero al

F. B. I.

Jimmy lo negaba. No había la menor prueba de que fuera así. ¿La declaración de Walter Garland y su hija? Tenía motivos fundados para ponerlas en tela de juicio. Habían registrado escrupulosamente todos los papeles de Smore y Schuman. Los miraron uno por uno, no sólo los que tenían en su casa, sino otros muchos, guardados en la caja fuerte de una sucursal del Chasse Bank. Las famosas cartas de Joe Garland no aparecieron por ninguna parte.

—Pudo llevárselas el asesino —replicó Selby.

—En ese caso, no pudo ser otro que el viejo que tenemos encerrado.

El argumento tenía lógica indudable. Selby podía demostrar su falsedad exhibiendo la declaración de Lowe, pero prefirió no hacerlo. Nada más tenía que hablar con Larski y le abandonó para dirigirse al periódico. Supo al llegar que le había llamado Jane por teléfono media hora antes. Trató, a su vez, de ponerse en contacto con ella, pero no logró conseguirlo.

Hubo de esperar con calma. Estaba citado con la muchacha a primera hora de la tarde. Hasta entonces no logró verla. Cuando, después de comer, acudió al lugar en que la joven le aguardaba — un pequeño bar de la Décima Avenida—, le bastó una sola mirada para comprender que algo grave la sucedía. Jane daba muestras de claro nerviosismo, y su mirada reflejaba cierto temor.

Contestando a las preguntas de Selby, contó los motivos de su preocupación. Aquella mañana salió de su casa un poco tarde, ya que la noche anterior no logró conciliar el sueño hasta una hora bastante avanzada. Se dirigía a toda prisa hacia la estación más cercana del elevado para marchar al centro de la ciudad, cuando le pareció advertir que alguien seguía sus pasos.

Era un tipo alto, delgado, elegantemente vestido, que venía casi pisándola los talones. Advirtió también que un coche avanzaba lentamente por la calzada, casi pegado a la acera, y en el interior del vehículo iban otros dos hombres. Sin saber por qué, tuvo miedo.

Vio unas cuantas personas a la puerta de un almacén y se detuvo junto a ellas.

En lugar de pasar adelante, el individuo se aproximó a la muchacha. Cogiéndola resueltamente del brazo trató de llevársela hasta el coche, diciendo:

—Tiene que acompañarme, señorita.

—¿Por qué? —pudo responder la joven, no sin cierto esfuerzo.

—Para que me cuente cómo y por qué asesinó a Peter Smore.

—¿Es usted policía? —preguntó Jane, nada dispuesta a complacerle.

—Eso importa poco. Venga de una vez, o me la llevaré por la fuerza.

Pretendió arrastrarla hacia el automóvil, que acababa de detenerse a su lado. Jane pidió socorro a gritos. Uno de los hombres detenidos a la puerta del almacén acudió inmediatamente. Indignado, interpeló al sujeto que pretendía llevarse a la muchacha:

—Deje tranquila a la chica, amigo.

Por toda respuesta recibió un puñetazo en la boca del estómago. Afortunadamente era un hombre fuerte; contestó en forma parecida, y sus golpes tuvieron una contundencia inesperada por su contrincante. Se armó un pequeño escándalo. Mientras los dos hombres peleaban a puñetazos, Jane pudo ganar la puerta del almacén. Iba a transponer la entrada, cuando uno de los ocupantes del automóvil, que disimuladamente se había situado a su lado, le advirtió:

—Todo esto le costará muy caro.

Sin hacerle caso, la muchacha se refugió en el interior del establecimiento. Varios dependientes acudieron en su auxilio y socorro. Afuera, la lucha había llegado a su final. Cuando el individuo que la cogió del brazo pudo levantarse del suelo adonde le arrojaron los golpes de su adversario, montó a la carrera en el automóvil, que ya se había puesto en marcha, desapareciendo seguidamente por uno de los extremos de la calle. El hombre que había salido en su defensa, acudió en busca de Jane, diciéndola:

—Puede seguir su camino con toda tranquilidad. Me parece que a ese tipo no le quedarán ganas de volver a molestarla.

Desconcertado y sorprendido había escuchado Selby su relato. Cuando la muchacha concluyó, quiso saber si había acudido a la

Policía. Jane respondió afirmativamente. Tras de llamar por teléfono a Hoffman a su casa y al periódico sin conseguir dar con él, marchó en busca de Larski para contarle lo ocurrido. El inspector la escuchó sonriendo con escepticismo y no la creyó una sola palabra. Suponía que se trataba de un invento suyo para hacer creer a las autoridades en la inocencia de su padre, haciéndolas buscar por otro lado.

—¿Tampoco me cree usted, señor Hoffman? —preguntó Jane.

—Yo sí la creo, señorita Garland. ¿Qué señas tenía el individuo que la abordó en plena calle?

Aunque la muchacha estaba demasiado asustada para fijarse mucho, recordaba que era un hombre de cierta edad, alto, delgado y con una cicatriz en la mejilla izquierda.

—Me pareció que hablaba con ligero acento extranjero, pero ni siquiera estoy muy segura de esto.

Selby meditó un buen rato. Al final, agregó:

—Será necesario que tenga mucho cuidado en adelante. Yo procuraré dar con ese individuo. Y creo que si consigo encontrarle, tendremos una buena pista para encontrar el autor de los dos crímenes...

A la vanguardia del triunfo:
Selecciones NEVADA
Colección
EXTRAORDINARIA DEL OESTE
Colección F. B. I.

IV

UNA RÁFAGA DE AMETRALLADORA



L Marrocco era un pequeño club nocturno que abría sus puertas a una calle poco concurrida, a media distancia entre Broadway y las orillas del Hudson. Al penetrar en su interior, Selby Hoffman encontró exactamente lo que había esperado: un salón de no muy amplias dimensiones, adornado con cierto lujo y rebosante de público. El nombre del *cabaret* había aparecido los dos últimos días en la Prensa, relacionado con los asesinatos de Smore y Schuman; pero lejos de alejar a la gente, parecía haber actuado como imán para atraer nuevos clientes.

En la pista, iluminada por la luz intensa de un reflector, cantaba en aquel instante una mujer rubia, de arrogante figura y provocativa belleza. No cantaba con mucho arte. Sin embargo, al concluir fue aplaudida con entusiasmo, homenaje rendido más a su hermosura que a sus dotes de cantante. Alguien pronunció en voz alta su nombre: Molly Turner. Selby sintió entonces que un individuo le rozaba con el codo. Miró y se encontró con Thomas Lowe.

Sin mirarle, vuelta la cabeza en distinta dirección, su amigo habló en voz muy baja:

—Mucho cuidado, Selby. Ándate con pies de plomo y recuerda que no me conoces.

Se alejó con aire displicente. Terminada su actuación, Molly había ido a sentarse a una mesa situada en un ángulo del salón, en una discreta penumbra, donde la esperaba un caballero joven. Hoffman advirtió, complacido, que una mesa cercana a la ocupada por la artista estaba vacía y se apresuró a ocuparla. Al camarero que se acercó, solícito, le indicó:

—Espero a un amigo. Mientras, tráigame un «*whisky*».

Con cierto disimulo miró a la mesa inmediata. Vista de cerca, Molly le pareció extraordinariamente bonita, aunque no demasiado joven. Debía haber dejado atrás el cabo de los treinta años. Pero se conservaba a la perfección y justificaba cualquier entusiasmo masculino. Era comprensible que su acompañante clavase sus ojos en la mujer, mientras una sonrisa complacida fruncía ligeramente sus labios al hablarla, en voz tan baja que no llegaba a oídos de Selby.

Hoffman no creyó reconocerle. Era un hombre joven, de mediana estatura, ni muy elegante ni demasiado agraciado. Casi calvo, con una frente amplia y gafas de gruesos cristales ante los ojos hundidos. Con un esfuerzo de memoria, Selby le recordó. Indudablemente, se trataba de Joseph Hunter, un profesor de Yale, famoso por sus Investigaciones sobre desintegración nuclear.

Inevitablemente se estremeció Selby. A su memoria acudió el recuerdo de Joe Garland. También había tenido cierta nombradía por sus trabajos de investigación. Murió, según su hermana, al verse abocado al deshonor, en virtud de su excesiva confianza en una mujer hermosa. ¿No sería la mujer esta misma Molly Turner? ¿No

podía ser aquel Hunter una nueva víctima de sus asechanzas?

Pensativo, apuró el vaso de «*whisky*». De sus meditaciones vino a sacarle la llegada de un nuevo personaje. Era un hombre de cincuenta años de pelo canoso, ojos de penetrante mirar, rostro demacrado y un claro aire de distinción en sus modales y atavío. Se acercó resueltamente a la mesa ocupada por Molly y Hunter, y con voz firme indicó:

—Usted perdone, caballero, pero tengo reservada esta mesa.

El interpelado levantó la cabeza sorprendido. Contempló al recién llegado, al que evidentemente no conocía, y luego miró, desconcertado a Molly, malhumorada la mujer, repuso.

—No creí que viniera tan pronto, señor Anderson. Habíamos quedado a las once.

—Se equivoca, querida. Dije que vendría a las diez para que cenásemos juntos. Usted me prometió...

—Es posible, pero el señor Hunter me había invitado también...

—¡Oh!, este caballero podrá esperar veinticuatro horas.

—¡De ninguna manera! —protestó, airado, el interesado. Hace dos minutos la señorita Turner me prometió que cenaría conmigo.

—Lo siento, pero su compromiso conmigo es anterior. Además, tengo reservada esta mesa, como le dije antes. Sería muy violento para mí llegar a Bandello para que le obligase a abandonarla.

Selby seguía con extraordinario interés el diálogo. Su interés subió de punto cuando a un gesto de Anderson se acercó el «*maître*», indudablemente aquel Luigi de que le había hablado Lowe. Bandello, un hombre de mediana estatura, de comedidas palabras y finos modales, no exentos de energía, intervino con resolución.

Se colocó sin vacilaciones al lado de Anderson. Tenía reservada la mesa y le asistía la razón. Era lamentable lo sucedido, pero Hunter debía abandonar el sitio que ocupaba. Lamentaría que se produjera un escándalo, especialmente aquella noche en que, por culpa de los lamentables acontecimientos de dos días antes, era muy probable que hubiera en el local algunos agentes de policía.

Un poco contrariada, Molly tuvo que ponerse de su lado. A nadie perjudicaría más que a ella un posible alboroto. Hunter debía comprenderlo así. La culpa era suya, por haber olvidado el compromiso contraído con Anderson.

—Todo puede arreglarse, querido —dijo, con una sonrisa insinuante—. En lugar de esta noche, podemos cenar juntos mañana. Y yo le aseguro que no le pesará haberme hecho este pequeño favor.

Hunter se marchó con gesto malhumorado. Anderson tomó asiento al lado de Molly. Aunque ambos hablaban en voz baja y lo que decían no llegaba claramente a oídos de Selby, era indudable que estaban regañando. A distraer la atención de Hoffman llegó en aquel instante una muchacha. Llevaba un rato viéndole solo, le creía aburrido y se ofreció a acompañarle. Era joven aún, bastante agraciada, pero excesivamente desenvuelta y desgarrada en sus ademanes y palabras.

—¿Puedo pedir algo? —Inquirió. Luego, ante el gesto de asentimiento de Selby, continuó—: Perfectamente. Creo que nos entenderemos bien. Espero que no se aburra a mi lado.

Pidió champaña, se animó al ver que su acompañante no hacía la menor objeción a que les trajesen una botella cara y habló sin necesidad de que la preguntasen. Llevaba varios meses frecuentando el Marrocco. Tenía muchos amigos, todos los cuales la consideraban alegre y divertida. Bailaba bien y se llamaba Mac. Luego, tuteándole con entera confianza, preguntó a su acompañante:

—¿Es la primera vez que vienes por aquí?

—No; la segunda. La otra vez me divertí bastante. Esta noche encuentro aquí un ambiente raro.

—Es natural, luego de lo sucedido. ¿No has leído en los periódicos el asesinato de Smore y Schuman? Pues eran los dueños de esto.

—¿Los conocías?

—¡Naturalmente! No me eran demasiado simpáticos, pero los conocía. La verdad es que no se ha perdido demasiado con su muerte.

—¿Sabes quién les mató?

En los ojos de Mac brilló una mirada de desconfianza. En tono agrio, preguntó:

—¿Policía?

—De ninguna manera, muchacha. Es simple curiosidad. Se me ocurrió de pronto que podrías conocer a quién les mató.

—No lo sé, desde luego. Pero debías tener cuidado con la curiosidad; suele traer malas consecuencias. ¿Por qué no bailamos?

—Prefiero charlar ahora; ya tendremos tiempo de bailar. ¿Tenían muchos enemigos?

—Supongo que bastantes, pero no me agrada hablar del asunto. Ya me preguntaron los «polis» esta mañana.

Selby comprendió que preguntando directamente no lograría averiguar gran cosa. Optó por variar de táctica. Tras un ligero silencio y señalando con disimulo a la mesa cercana, preguntó:

—¿Quién es ésa? Hace un rato tuvo un pequeño disgusto. Estaba con un amigo cuando se presentó otro y...

—Ya lo vi, pero no pasará nada, no te preocupes. Molly sabe manejarlos a todos. Y sacarles los cuartos —repuso Mac, en tono que dejaba traslucir una profunda animadversión.

—¿También a ese Anderson, a pesar de sus años y su aspecto respetable?

—¿Cómo sabes su nombre, si es la segunda vez que vienes por aquí? —Inquirió la muchacha, dando expresión clara a sus recelos.

—Lo oí durante la disputa —explicó Selby—. Por cierto que el «*maître*» se colocó resueltamente a su lado y en contra del otro caballero.

—¡Claro! Como que ese viejo puede ser mañana mismo el dueño de esto —afirmó Mac, un poco más tranquilizada—. Además, Anderson es muy generoso con algunas personas. Especialmente con Molly, que aspira a dejarle sin un centavo.

—Pues juraría que a espaldas suya, le vi al «*maître*», creo que se llama Bandello, hacer un gesto muy significativo. Parecía como si se entendiera con ella.

—No acaba de comprender que se ríe de él, que le engaña con el primero que se presenta, que le está desplumando, para despedirle en cuanto le deje limpio.

Aludió a los muchos amigos de Molly. Citó una larga serie de nombres. Entre ellos aparecieron Smore y Schuman. Selby aprovechó la oportunidad:

—¿No tendrá todo eso que ver con los dos asesinatos?

—En absoluto. A ésa le interesaba que vivieran Alber y Peter. En cuanto a Anderson, no tenía celos de ellos. Sabía que sus relaciones con Molly eran exclusivamente comerciales...

—¿Qué clase de comercio?

—Negocios —replicó, evasiva, Mac. Luego gruñó—: Eres demasiado curioso. No serás «poli», pero lo pareces. Si quieres saber más, pregúntaselo a ellos, no a mí.

Parecía verdaderamente enfadada. Selby no quiso insistir. En realidad, había averiguado algo, aunque no demasiado. Bailaron, charlando de cosas indiferentes. Hoffman miró en torno suyo, buscando con la vista a Lowe, y pudo verle en animada conversación con un tipo de aire poco tranquilizador.

A los pocos minutos de volver a su mesa, una vez terminado el baile, ocurrió algo que llamó poderosamente la atención de Selby. Un individuo alto, delgado, se había acercado al lugar en que se hallaba sentado Anderson. Interrumpiendo la animada conversación que sostenía con Molly, preguntó, en tono duro, dirigiéndose a la muchacha:

—¿Dónde está el señor Hunter?

Selby se estremeció al advertir que hablaba con marcado acento extranjero. No pudo verle la cara, ya que casi le volvía la espalda. Advirtió, desde luego, que Molly parecía un tanto desconcertada, y que los ojos de Anderson relucían al mirarle de una manera extraña.

Sonriente, Hoffman habló en voz baja a Mac, que parecía interesada en la escena, diciéndola:

—Una nueva pelea entre dos admiradores de Molly, ¿eh?

—Pudiera ser —repuso, displicente, la chica, sin querer darle más explicaciones. Selby no pudo oír la respuesta de la Turner. En cambio, llegó claramente a sus oídos la contestación de Anderson, hecha en tono frío y duro:

—¿Por qué? —Tornó a inquirir, autoritariamente el desconocido, dirigiéndose a Molly y aparentando ignorar incluso la presencia de Anderson. Sin embargo, fue éste quien explicó, con la misma frialdad de antes:

—Yo tenía reservada esta mesa y la señorita Turner había contraído el compromiso de cenar en mi compañía. No iba a cederle ese honor, naturalmente, a Hunter.

—Pero volverás a verle pronto, ¿no? —volvió a preguntar el desconocido.

—Si —respondió con aire sumiso y exculpatorio Molly. Mañana mismo.

—Perfectamente —dijo el desconocido, aparentemente satisfecho—. Pero en adelante, debes tener más cuidado con tus amigos. ¡Aunque no le agrada al señor Anderson! Dio media vuelta y Hoffman hubo de morderse los labios para no lanzar una exclamación de sorpresa. En la mejilla izquierda del desconocido advirtió una larga cicatriz, una cicatriz semejante a las que treinta años atrás constituían el orgullo de los estudiantes alemanes, duelistas empedernidos. Recordó lo que Jane le contó aquella tarde. Este individuo tenía que ser, por fuerza, el mismo que pretendió secuestrar a *miss* Garland. Cogiendo del brazo a Mac, la preguntó, nervioso:

—¿Quién es ese hombre?

—No lo sé —contestó la muchacha—. Aquí viene todo el que quiere. A ése no le conozco.

Mac procuraba hablar adoptando un aire de absoluta indiferencia. Sin embargo, Selby tuvo la clara impresión de que estaba mintiendo. Pese a la negativa de Mac, insistió:

—¿Dónde podría encontrarle?

—¿Cómo puedo saberlo? Ya te he dicho que no le conozco.

El desconocido había cruzado el salón en dirección a la calle. Mac miraba fijamente a Selby, tratando de adivinar sus pensamientos. Al cabo de unos minutos de silencio, le preguntó:

—¿Por qué te interesa tanto?

—Porque creo que es la clave de un asunto importante.

—¿Le conoces?

—Hasta esta noche no le vi jamás.

—Entonces, ¿por qué te has puesto tan nervioso?

—Como no le conoces ni sabes dónde puedo encontrarle, es inútil que hablemos más del asunto.

Estaba decidido a dar por terminada la charla. Pero Mac parecía tener ahora mucho más interés que él mismo. Meditó en silencio durante un par de minutos. Al cabo, afirmó:

—No sé quién es ese individuo, pero si dónde podríamos encontrarlo. Es posible que allí supieras todo lo que te interesa. ¿Quieres venir?

—Desde luego. Si eres capaz de llevarme hasta él, te lo agradeceré muy de veras.

—Perfectamente. Eres demasiado curioso, pero me has resultado

simpático. Iremos y ya veremos lo que sucede...

Insinuó la conveniencia de esperar unos minutos hasta dar tiempo al desconocido a llegar donde podrían encontrarle. Selby procuró dominar su nerviosismo, sin conseguirlo por entero. Aquel individuo era, indudablemente, el que unas horas antes amenazó a la pobre Jane. Hoffman estaba decidido a obligarse a explicar los motivos de su sorprendente actitud.

—Vámonos cuando quieras.

Llamó al camarero, pagó y salió, acompañando a Mac. Al cruzar el salón advirtió que Lowe le miraba de lejos, con un gesto de asombro en el semblante. Incluso hizo ademán de acercársele, pero se contuvo con leve encogimiento de hombros. Salieron a la calle. Selby, preguntó:

—¿Tomamos un «taxi»?

—No hace falta. Vamos muy cerca. Cinco manzanas de distancia.

—¿Otro club nocturno?

—Algo parecido.

Aunque no parecía dispuesta a dar muchas explicaciones, Hoffman la siguió sin el menor recelo. Doblaron la esquina cercana, metiéndose en el intrincado dédalo de callejuelas de la parte más antigua de la ciudad. El lugar a que se dirigían estaba más lejos de lo indicado por Mac. Tanto, que tardaron cerca de media hora en llegar, aunque hicieron el recorrido a buen paso. Al final, cuando ya Selby comenzaba a dar claras muestra de impaciencia, la muchacha indicó:

—Aquí es.

Se había detenido ante una casa, semejante como una gota de agua a otra a cualquiera de las que se alzaban a todo lo largo de la callejuela. Una pequeña escalinata conducía a las habitaciones del piso bajo. Mac subió por ella, seguido por Selby. Llamó suavemente a la puerta. Cuando oyeron pasos en el interior de la casa, la muchacha indicó:

—Abre, Sam. Soy Mac.

La puerta se abrió. Un tipo alto, fornido, de cuadrada mandíbula y cuello de toro, les dejó pasar, mirando recelosamente a Selby. La muchacha preguntó:

—¿Dónde está Richard?

El llamado Sam respondió con un gruñido indicando una puerta al otro lado del recibidor. Mac avanzó resueltamente. Abrió la puerta, hizo pasar a Selby y, colocándose a su espalda, anunció en voz jubilosa:

—Aquí le tienes, Richard. Este tipo estaba muy interesado en saber algo de ti. Creo que es un «poli»...

En la habitación había dos hombres. Uno era el desconocido a quién vio tres cuartos de hora antes en el Marrocco; el otro, un individuo de unos treinta años, con el sombrero encasquetado, medio tumbado en un sillón, resultaba totalmente desconocido para Hoffman.

Comprendió en el acto que había caído en una trampa. El tipo displicentemente sentado en el sillón se puso en pie de un salto. Richard avanzó a su encuentro con los ojos llameantes de ira. Pero en lugar de enfrentarse con él se dirigió a Mac. Furioso gritó:

—¿Por qué le has traído aquí, idiota? ¿No sabes lo que esto significa?

—Yo creí que te gustaría verle —replicó, palideciendo, la muchacha.

—Ni a él, ni a ti, ni a nadie querría ver por aquí. ¿Por qué le has traído?

Como Mac no acertara a responder, Richard la echó las manos al cuello, zarandeándola indignado. La muchacha pretendía librarse, sin conseguirlo, de sus garras. Selby intervino, saliendo de su estupor:

—¡Déjela! Va a hacerla daño...

—¡Más daño te liaré a ti si te mezclas en esto!...

Hoffman no vaciló. Cogiendo de un brazo al llamado Richard, le obligó a apartarse de la muchacha. Luego, de un violento empujón, le hizo salir rodando a unos pasos de distancia.

Todo se desarrolló entonces con una desconcertante rapidez. Selby se vio atacado a un tiempo por Sam y el otro individuo que se encontraba en la habitación. Trató de luchar con ellos, pero le superaban en número y fuerzas. A los dos minutos estaba en el suelo, medio atontado por los golpes recibidos. Asustado, vio cómo en la mano de Sam aparecía una pistola, apuntándole. Richard intervino con resolución, gritando:

—Aquí no, muchacho. Déjale ahora.

Un poco a regañadientes obedeció Sam, aunque sin guardarse el arma. A una seña de Richard, el otro individuo registró con rapidez a Selby, luego de obligarle a ponerse en pie. Anunció:

—No lleva armas.

—Perfectamente. Meterles en esa habitación hasta decidir lo que hemos de hacer con ellos.

Les metieron en un cuarto pequeño, sin ventanas y totalmente desprovisto de muebles. El único sitio por dónde podía intentarse la huida era la puerta, y la puerta estaba cerrada y al otro lado habían quedado, vigilando, sus enemigos.

Selby se repuso con rapidez de los golpes recibidos. Miró a la muchacha. El rostro de Mac reflejaba un tenor pánico, y temblaba visiblemente. Olvidando que le había metido en una trampa, Hoffman pretendió animarla:

—No te preocupes, muchacha. Aquí no podrán tenernos mucho tiempo.

—Eso es precisamente lo que temo. Que salgamos de aquí... pero muertos.

—¿Como Smore y Schuman?

—No pensaba en ellos, sino en nosotros. Pero ¿por qué te interesan tanto esos dos?

—Te lo diré con entera claridad. De la muerte de Smore acusan a un amigo mío. Estoy seguro de que es inocente. Quería demostrarlo encontrando al asesino.

—Pues perdiste el tiempo, y por mi estupidez, nos hemos metido en un buen lío. Si salimos con vida podemos darnos por muy satisfechos.

—Pero ¿no crees que ese Richard, por ejemplo, puede ser él que los mató?

—En absoluto. Richard se entendía con Smore y Schuman, pero se volvió loco de rabia y miedo cuando supo lo sucedido. Daría cualquier cosa por coger al culpable. Y no para entregarlo a la Policía, naturalmente.

—¿Qué clase de negocios tenían?

La muchacha lo sabía, evidentemente, pero se limitó a encogerse de hombros. No creía que importara mucho en su difícil situación. Malhumorada, replicó:

—Hay cosas que es preferible no saber. Y líos en que conviene

no meterse.

—Éste, por ejemplo, ¿verdad?

—¡Natural! Supuse que Richard me agradecería que te trajese hasta aquí para que pudiera darte una buena lección. Ahora, lo más probable es que la lección nos la de a los dos.

No ocultaba su temor a ser asesinada. ¿Quién era Richard? Mac no quería decirlo. ¿Un jefe de «gángsters»? Probablemente. Pero, aunque lo fuera, ¿por qué iba a matarles? Ni siquiera los «gángsters» asesinan por capricho, sin una razón, un motivo o un interés. Llegó con rapidez a una conclusión: Mac, impresionada por la actitud de Richard, exageraba el peligro. Todo quedaría reducido a unos cuantos golpes, tal vez alguna amenaza, pero nada más.

Confirmando su impresión, la puerta tornó a abrirse a los pocos minutos. En el umbral se recortó la figura de Sam. Gruñó:

—¡Largos de aquí! Podéis marcharos.

—¿Pero a la calle, libres? —inquirió, incrédula, Mac.

—¡Claro! Daos prisa, no sea que Richard se arrepienta...

Les empujó hacia la puerta de salida. Selby respiró, satisfecho, al verse en la acera. Volviéndose hacía Mac la dijo:

—¿Ves cómo no había razón para tus temores?

—Ya lo veremos —repuso, dubitativa, Mac—. Sigo sin convencerme. Por si acaso, vamos deprisa...

Echó a correr calle abajo. Selby la siguió, sin acabar de comprender la causa de sus temores.

De pronto, la joven se volvió. Vio algo que casi paralizó los latidos de su corazón. Se detuvo aterrada, diciendo:

—¡Ese automóvil!

Un automóvil se acercaba con las luces apagadas. Hoffman lo miró fijamente sin comprender lo que aterraba a su acompañante. Los dos se habían detenido en medio de la acera, vacilantes. El coche estaba solo a unos metros; tres segundos después llegaría a su altura.

—¡Tiraos al suelo de cabeza u os coserán a balazos!

Selby lanzó un grito de asombro al oír la voz. Era la de Thomas Lowe. Obedeció sin, saber exactamente por qué Mac se había adelantado. Ya era tiempo. En el mismo instante de lanzarse a tierra, el silencio de la calle fue roto por el tableteo de una pistola ametralladora. Una ráfaga de plomo silbó por encima de sus

cabezas, mientras el coche cruzaba a toda velocidad por su lado.

Debieron creerles muertos, porque siguieron hasta desaparecer por el extremo de la calle. Lowe, que estaba resguardado detrás de la columna de una farola, se acercó, preguntando:

—¿Te alcanzaron, Selby?

—Creo que no —repuso Hoffman—. No sé si a Mac...

Pero la muchacha se ponía en pie en aquel instante, con una intensa palidez en el semblante. Selby preguntó, asombrado:

—¿Qué ha ocurrido?

—Richard quiso darte un pequeño recado. Ya te lo explicaré más adelante. Ahora hemos de darnos una buena carrera. Si volvieran por aquí, no tendríais salvación posible. Ni yo tampoco, naturalmente...



V

EN PLENA CALLE



AC no necesitó que le repitieran el consejo. Empezó una carrera vertiginosa, sin hacer caso de la gente que se asomaba a las ventanas, curiosa por conocer lo ocurrido. Thomas y Selby la imitaron. Se metieron por la primera bocacalle. Iban, naturalmente, en dirección distinta a la seguida en su huida por el coche de sus enemigos. Cuando se cansaron de correr siguieron andando a buen paso. Ninguno hablaba una sola palabra. Lo único que interesaba era despistar a los secuaces de Richard sí, al advertir el fracaso de su intento, se lanzaban en persecución suya.

—¿Volvemos al Marrocco? —preguntó al cabo Selby.

—Yo no volveré a poner los pies allí en todos los días de mi vida —afirmó con resolución Mac—. No tengo el menor deseo de encontrarme de nuevo con Richard.

—Ni yo te lo aconsejo, a menos que quieras suicidarte —repuso en el acto Lowe—. Tú tampoco irás, Selby. Y menos en mi compañía. No quiero que mañana encuentren nuestros cadáveres con unas onzas de plomo en el cuerpo.

Hicieron un breve alto en un bar da una calle cercana a Broadway, Estaba casi desierto a aquellas horas. No lo sintieron. Así podrían hablar con mayor libertad. Pidieron unos «*whiskys*» para animarse. Lowe preguntó a Mac, a la que indudablemente conocía:

—¿Qué piensas hacer?

—Quitadme de en medio, antes de que me quiten. Desapareceré durante una temporada de Nueva York. Me parece que estos aires no son muy saludables.

—Harás bien. Mejor todavía, si no pasas siquiera por tu casa. Richard o Mike pudieran estar aguardándote y...

—Lo sé, Después de lo ocurrido, no vacilarían en matarme. Pero ¿dónde ir sin un centavo en el bolsillo?

—Toma estos cien dólares —repuso Lowe, entregándola un billete—. No es mucho, pero si lo suficiente para marcharte a Chicago, Boston, Filadelfia o donde te dé la gana.

La muchacha aceptó complacida. El «*whisky*» había tranquilizado bastante a Selby. El peligro corrido se le antojaba una pesadilla. Volvía a sentirse acuciado por la curiosidad. ¿Quién era Richard, en definitiva? ¿Por qué quiso matarles? ¿No sería el autor de los asesinatos de Smore y Schuman?

—Mac afirma que no, pero yo no estoy muy convencido.

—Pues puedes estarlo —afirmó Lowe—. Ten la seguridad de que está bastante más interesado que tú mismo en dar con el autor. Y que yo no tendría la menor inquietud, si Richard pudiera ser el criminal.

Discutieron detenidamente aquel extremo, pero Hoffman no consiguió ni que le dijera exactamente cuáles eran las actividades de Richard ni qué negocios tenía en relación con Smore y Schuman. Selby habló de ir a la Policía, para denunciar lo sucedido. Su amigo se opuso.

—Sería lo peor que pudieras hacer. Si Larski metiera las narices en esto, lo echaría todo a rodar.

—¿Y qué es ese «todo»? —preguntó, irritado, Hoffman.

—Algo que no te ataña de cerca ni de lejos.

A ti sólo te interesa dar con el asesino o los asesinos de tus vecinos, porque estás enamorado de Jane Garland. Richard es totalmente ajeno a ese asunto. Déjale, pues, tranquilo. Si me lo prometes, yo te ayudaré cuanto pueda en lo que te preocupa.

Un poco a regañadientes dio Hoffman su conformidad. Dirigiéndose a Mac, formuló Lowe entonces una pregunta sorprendente:

—¿Conoces por casualidad, entre los asistentes al Marrocco o los amigos de Molly, alguno cuyo nombre y apellidos respondan a las iniciales J. W.?

Tras de pensarlo un instante, la muchacha se encogió de hombros. Recordaba muchos a quienes podían corresponder las dos iniciales. Selby inquirió, asombrado, por el motivo de la pregunta. Thomas le dio la explicación:

—Aunque Larski se lo ha callado, encima del cadáver de Schuman se encontró un pedacito de papel, diciendo: «En memoria de J. W. A.».

Y otro semejante, con idéntico texto, hallaron junto al cuerpo de Smore.

—¿Crees que las iniciales corresponden al autor del crimen?

—Posiblemente, sí. En cualquier caso, pueden ser una pista para dar con él.

Mac sentía verdadera prisa por marcharse. Nada le interesaba la charla. Estaban aún demasiado cerca del lugar en que pretendieron asesinarla. En cualquier instante temía ver aparecer en el bar a Richard y sus amigos para empezar a tiros con ellos. Decidió irse. Antes dio las gracias a Selby por salir en su defensa, después incluso de haberle llevado a una trampa.

—Cualquiera habría hecho lo mismo —afirmó, convencido, Hoffman.

—Creo que no. Acaso algún día se dé cuenta de todo lo que ha hecho...

Se alejó precipitadamente, tras asomarse a la puerta y mirar

recelosa en todas las direcciones. Selby sintió un ligero temor.

—¿No temes que vaya en busca de Richard para decirle dónde puede encontrarme?

—En absoluto. Mac no es demasiado inteligente, pero tiene el sentido común suficiente para no hacer esa locura. Supe que si Richard llegase a verla de nuevo, posiblemente dispararía antes de permitirle abrir la boca. Supongo que tomará un camino distinto. Nada me sorprendería que dentro de unas horas estuviera en la cárcel, con nombre supuesto, naturalmente...

—¿En la cárcel? —preguntó, en el límite del asombro, Selby.

—Sí. Puede ser el lugar más seguro para ella.

—Pero ¿por qué van a meterla en la cárcel?

—¡Bah! Le sobrarán pretextos. Fingirá estar borracha, pegará a un guardia y conseguirá unos meses de condena. Mientras los cumple, Richard se olvidará de ella o seguirá la suerte de sus amigos Albert y Peter. En cualquier caso, cuando salga podrá tener una relativa tranquilidad...

Por vez primera recordó entonces Selby el registro de que le hicieron víctima los secuaces de Richard. Miró en su cartera, temeroso de que hubieran desaparecido el dinero o los documentos que en ella llevaba. Por fortuna, no había ocurrido así. Sam o el otro individuo debieron limitarse a comprobar que, al menos por la documentación que llevaba encima, no era un policía.

Expresó el temor de que los forajidos tomaran nota de su dirección y pudieran esperarle a la puerta de su casa. Lowe no lo creía. Tenía la impresión de que Richard ni siquiera conocía su nombre. Caso de haberlo sabido, de llegar a relacionarlo con el periodista que figuró en las primeras informaciones acerca del hallazgo del cadáver de Lowe, no le habría dejado salir sin interrogarle antes detenidamente.

—Entonces —inquirió, sorprendido, Hoffman—, ¿por qué pretendió asesinarme?

—Por algo totalmente distinto. Richard —que, dicho sea de paso, se apellida Hodgson, aunque no tengo la menor seguridad de que sea su verdadero nombre— tiene muchas cosas que ocultar. Mac cometió la terrible equivocación de llevarte a uno de sus domicilios. Sabías demasiado para seguir viviendo y procuró que no fueras muy lejos.

Relativamente tranquilizado, Selby pudo regresar a su domicilio. Lowe le acompañó, con la mano derecha metida en el bolsillo del abrigo y sin dejar de mirar escrutadoramente en todas las direcciones. Una vez en el apartamento de Hoffman pudieron hablar con serenidad y calma.

—Si Richard tuviera el convencimiento de que a Smore y Schuman los habían asesinado por motivos personales, estaría mucho más tranquilo.

—Y ¿no cree que haya sido así?

—A medias. Tengo la impresión que no le asusta tanto la muerte de sus antiguos amigos como la desaparición de algunos papeles o documentos que debían tener en su poder.

—¿Las cartas de Joe Garland, que no ha podido encontrar la Policía?

—Ésas y algunas otras por el estilo.

—Entonces, ¿crees realmente que en el fondo hay una organización de espionaje?

Lowe rehuyó una respuesta concreta. En cambio, se opuso a que Selby fuese al

F. B. I.,

para solicitar su intervención. No creía que tuviera éxito en su propósito. El

F. B. I.,

únicamente intervenía a petición de otras autoridades que juzgaban precisa la colaboración del organismo policiaco federal o por iniciativa propia, cuando tenía indicios y pruebas de que se estaba cometiendo algún delito que caía de lleno dentro de su radio de acción.

—Si se lo pides a Larski, se negará en redondo; si acudes personalmente al

F. B. I.,

es muy posible que no te hagan caso. Desde hace años, la gente padece una terrible manía, que le hace ver espías en todas partes. Por mucho que argumentes y razones si careces de pruebas materiales en que apoyar tus palabras, no conseguirás que te tomen en serio.

¿Dónde lograr las pruebas necesarias? Selby permaneció meditabundo por espacio de unos minutos. Luego habló con

premura. Según Jane, su hermano fue víctima de las asechanzas de una mujer que actuaba al servicio de unos miserables. Estos últimos podían ser identificados fácilmente, como Smore y Schuman. ¿Era aventurado suponer que la mujer en cuestión podía ser aquella misma Molly Turner? No cabía duda de que tenía estrechas relaciones con los dos muertos y que estas relaciones no eran precisamente de carácter amoroso. Tampoco que no sólo buscaba sus amigos entre gente adinerada, como debía serlo James Anderson, sino en círculos muy distintos. La mejor prueba la constituían sus atenciones hacia Hunter, que, evidentemente, no poseía ni una gran fortuna ni un rostro agraciado, pero que participaba en los trabajos de investigación nuclear.

—Acaso estés en lo cierto —repuso Thomas—. Si lográsemos dar entre los amigos presentes o pasados de Molly con, alguno cuyo nombre corresponde a las iniciales J. W., tendríamos la mejor de las pistas.

Selby coincidía plenamente, pero no sabía cómo hacer la investigación. Lowe tampoco estaba muy seguro del camino a seguir. Habilmente, sin dejar traslucir lo que sabía, realizó durante los días precedentes algunas discretas averiguaciones. Creía poder afirmar que entre quienes se movían alrededor de Molly en la actualidad, no había ninguno que respondiera a las iniciales en cuestión. Pero ignoraba, naturalmente, la mayor parte de su pasado.

—Creo que tengo la solución —exclamó al cabo de un rato—. ¿Estaría dispuesta Jane a todo para demostrar la inocencia de su padre?

—Supongo que sí —contestó, asombrado, Selby—. ¿Qué piensas hacer?

Lowe expuso claramente su plan. Conocía a Molly —un poco avergonzado, reconocía que figuraba entre los amigos que frecuentaban su casa— y estaba enterado de un pequeño conflicto doméstico que angustiaba a *miss* Turner. Tres días antes se le había despedido la doncella que la atendía. No era fácil la sustitución. Molly exigía que la doncella fuera joven y ofreciera un aspecto agradable vestida de uniforme, capaz a un mismo tiempo de abrir la puerta del piso a los visitantes, de preparar unos cócteles, de servirlos con gracia y finura, de cocinar alguna que otra vez y de limpiar las distintas habitaciones.

Era difícil encontrar una persona que reuniera todas aquellas condiciones, especialmente cuando el servicio doméstico nada tenía de abundante ni selecto. Molly pagaba bien, pero había otras muchas señoras que pagaban igual o mejor a su servidumbre, sin exigir de ella un trabajo tan intenso y agotador. *Miss Turner* celebraba dos días más tarde su cumpleaños. Quería dar una pequeña fiesta en su casa. Necesitaba, fuera como fuese, tener una doncella que le ayudase.

—Y esa doncella —terminó Lowe— podría ser *Jane Garland*.

Selby Hoffman torció ligeramente el gesto. No sabía, en primer término, si la muchacha querría aceptar un trabajo que, por fuerza, tenía que resultarle un tanto humillante.

Tras mucho discutir, convinieron en dejar que fuera la propia Jane quien decidiera en el asunto. Quedaron en verse a las tres de la tarde en un lugar reservado, de un barrio distinto, de la gran ciudad, cuyas señas indicó el propio Lowe.

Selby no durmió demasiado en el resto de la noche. A la mañana siguiente se levantó temprano y resolvió hacer por cuenta propia algunas averiguaciones. Seguía dando vueltas a la posibilidad de que el asesino de Smore estuviera escondido en el armario del vestíbulo mientras Jane registraba el despacho. Era una explicación enteramente verosímil, pero había un punto oscuro: ¿cómo había logrado entrar y salir del edificio sin ser visto por el portero nocturno?

Cabía en lo posible que, al igual que Lowe, hubiera pasado ante la portería espiando con cuidado el instante en que McLane le volviera la espalda. Pero, incluso en tal caso, resultaba sorprendente que ni Thomas ni Walter Garland se hubieran tropezado con él. Fue la mujer encargada de la limpieza, la habladora Dockers, para la que seguía siendo la muerte de Smore el único tema de conversación posible, quien le sugirió una posible explicación al decirle que el apartamento número ocho de la planta decimotercera, llevaba dos meses deshabitado.

Era el piso inmediato al ocupado por Smore y Schuman. En él pudo buscar refugio el criminal, esperando tranquilamente a que se hiciera de día para salir con entera tranquilidad de la casa. Tuvo curiosidad por verlo. Jonás McLane se prestó a acompañarle. Difería bastante, en su disposición anterior, del apartamento colindante.

Sin embargo, nada había en él que sirviera para aclarar el misterio.

Hubo algo, no obstante, que atrajo la atención de Selby. La cocina daba a un amplio patio, perteneciente no sólo al edificio en que se encontraban, sino a otra casa que tenía su entrada por la calle Cuarenta y Tres. La posibilidad de ganar desde el patio esta calle o la Décima Avenida, y el deseo de no afean las fachadas, había impulsado a los propietarios a colocar las escaleras de hierro a utilizar en caso de incendio en el interior del patio. Por la ventana de la cocina podía salirse a una de ellas. Y desde el rellano que formaba era sencillísimo saltar la habitación trasera de un apartamento de la casa inmediata.

—¿Quién vive ahí? —preguntó Hoffman, asaltado por una repentina sospecha.

—Creo que nadie. He oído decir que tiene alquilado el apartamento un caballero de cierta edad, pero que aún no se ha instalado en él. Pero eso podrá decírselo el señor Wagener, el administrador.

Selby no vaciló en ir a ver al administrador, a quién conocía por administrar también el edificio en que vivía. Míster Wagener le dio amplias explicaciones.

—Es un apartamento amueblado. Lo alquiló hace unos meses un caballero alto, delgado, con ligero acento extranjero. Aquí tengo su nombre: John L. Davis. Me sorprendió, porque debe tener cerca de cincuenta años y, sin embargo, afirmó que lo alquilaba porque pensaba casarse pronto.

—¿Sabe si tenía una cicatriz en la mejilla izquierda?

Wagener creía que no, pero no estaba muy seguro. Davis tenía, desde luego, las llaves del piso. Podía entrar y salir cuando le parecía, aunque ignoraba, naturalmente, si iba mucho por allí. Pagaba con regularidad el alquiler. Era todo lo que podía decirle.

Cuando Hoffman llegó al lugar convenido encontró a Jane Garland esperándole. Lowe no tardó muchos minutos en hacer su aparición. Luego de hacer las presentaciones, Selby les habló de sus investigaciones de aquella mañana. Creía no haber perdido el tiempo.

Hablaron luego del posible trabajo de Jane en casa de *miss* Turner. La muchacha se mostró dispuesta a intentarlo. Escuchó con

todo interés las explicaciones dadas por Lowe, desdeñó los peligros que pudieran acecharla y ni siquiera se estremeció ante la perspectiva de volver a verse cara a cara con el individuo que pretendió raptarla veinticuatro horas antes.

—Confío en que no me reconozca —dijo—. Aunque así fuera, ya procuraré no quedarme a solas con él en ningún instante.

Se presentaría, claro está, con nombre supuesto. Parecía que Molly no pasaba en casa la mayor parte del día. Jane podría estar sola en el piso durante muchas horas. No tropezaría con el menor obstáculo para mirar en todas partes.

—Espero tener éxito en la misión y aclarar quién es el misterioso caballero J. W.

Marchó inmediatamente a solicitar el empleo. Lowe le facilitó algunos certificados de buena conducta que traía preparados a nombre de Louise Benton, que sería el utilizado por Jane. Thomas la acompañó hasta las inmediaciones de la casa de Molly. Selby se encaminó al periódico y estuvo trabajando durante unas horas.

Poco antes de la hora de cenar volvió a ver a Jane. La muchacha estaba plenamente satisfecha:

—Molly Turner me recibió encantada. Hemos llegado a un acuerdo. Mañana por la mañana tengo que empezar a trabajar.

Hoffman no sabía si alegrarse o entristecerse. Jane iba a correr grandes riesgos en casa de Molly. ¿Era justo dejar que los afrontase por el deseo de salvar a su padre, cuando Selby tenía bien guardada una declaración totalmente exculpatoria para míster Garland? Accedió un poco a regañadientes, pensando que, perseguida por Richard, que no abandonaría fácilmente su presa, no estaría más segura en donde el «gángster» sabía que podía encontrarla.

Cenó sólo en un restaurante de Broadway y resolvió ir a acostarse. La noche anterior apenas había dormido y tenía bastante sueño. Iba andando tranquilamente por la calle, cuando un Individuo se colocó a su lado. Al principio no le prestó la menor atención. De pronto sintió que algo duro se aplastaba contra su cadera izquierda y una voz dura le decía, en tono que no admitía réplica:

—Ni un solo grito o le mato. Siga hasta la esquina y tuerza a la derecha. Le tengo encañonado con una pistola.

Comprendió que el individuo no amenazaba en balde. Pensó

automáticamente en Richard. Miró a su interlocutor y le pareció el individuo que acompañaba a Hodgson en la casa en que estuvo a punto de hallar un final dramático su existencia.

—¿Dónde me lleva?

—Ya lo verá, Hoffman. El jefe quiere hablarle. ¡Continúe!

Tuvo que obedecer. Posiblemente en la bocacalle inmediata estuviera esperándole un automóvil. Después... Había leído mucho sobre los procedimientos habituales en los «gángsters». No podía hacerse demasiadas ilusiones respecto al porvenir. Pero intentar resistir, desarmado y cogido por sorpresa, equivalía a un suicidio. Un grito bastaría para que los transeúntes corrieran en su ayuda; sin embargo, por pronto que quisiera acudir, ya sería tarde para librarle de unas cuantas onzas de plomo.

Siguió hacia la esquina, mientras trataba a la desesperada de encontrar un posible medio de huida. No lo encontró. Ya estaba dispuesto a lanzarse sobre su enemigo jugándose el todo por el todo, aun teniendo las máximas probabilidades en contra, cuando sucedió algo totalmente inesperado.

—Quieto, Mike. Saca la mano del bolsillo sin volver la cabeza.

La voz había resonado a su espalda. La profería un individuo con el cuello del gabán muy subido y un sombrero encasquetado, cuya ala le tapaba por completo el rostro. Llevaba un periódico en la mano izquierda, bajo el cual ocultaba en aquel instante una pistola. El cañón del arma se apoyaba en los riñones de Mike, que cambió de color.

Sin volver la cabeza, el forajido sacó la mano del bolsillo. Su desconocido interlocutor continuó:

—Vete hasta la esquina sin volverte a mirar o pretender sacar la pistola. Al menor movimiento sospechoso puedes darte por muerto.

Mike obedeció. Sin hablar palabra, sin volverse a mirar siquiera, marchó lentamente hacia la esquina, con paso lento, apartando mucho las manos del cuerpo, para no despertar las sospechas de su inesperado enemigo.

—¡Deprisa, métete en ese bar!

Hoffman hizo lo que le mandaban de una manera automática. Dentro ya, se volvió a mirar a su salvador. Un grito de asombro se escapó de sus labios:

—¡Thomas!

Nada tenía de extraño no haberle reconocido antes. Había procurado que no le vieran la cara; al hablar disimuló su voz. Selby hubiera querido recibir amplias e inmediatas explicaciones. Su amigo no se las dio.

—El bar tiene una salida a la otra calle; vamos por allí. No me extrañaría que Mike volviera a buscarte.

Al salir, Thomas, que no sacaba la mano del bolsillo en que llevaba la pistola, miró receloso en todas las direcciones. Luego acompañó a Selby hasta su casa. Una vez en sus habitaciones explicó:

—Te seguí de lejos, temiendo que te ocurriera algo. Vi a Mike acercarse y supuse lo que pretendía. Por fortuna llegué a tiempo de frustrar sus planes.

—¿Por qué no le detuviste para entregarlo a las autoridades?

—Por dos razones. Mike no es más que un instrumento, no la cabeza directora. Además, me interesa mucho que no supieran que era yo quien te salvaba.

El golpe había sido, indudablemente, dirigido por Richard Hodgson. ¿Qué esto demostraba su culpabilidad en los asesinatos? Todo lo contrario. Si hubiese matado a Smore y Schuman, no, tendría tanto interés en hacer hablar a quienes creía estar enterados de lo escurrido.

—De todas formas, lo habrías pasado mal. Richard te considera una amenaza y suele librarse a tiros de todas las amenazas.

Procuró tranquilizar a su amigo diciéndole que vigilaría los alrededores de la casa de Molly, para prestar a Jane todo el auxilio que necesitase. Al mismo tiempo aconsejó a Hoffman que cerrase bien la puerta de su apartamento, que anduviera con todo cuidado por la calle y que procurase tener siempre a mano una buena pistola. Cuando Lowe se marchó, Selby decidió acostarse. Al empezar a desnudarse sonó el timbre del teléfono. Descolgó el auricular. La misma voz difícil de identificar que le hablase dos días antes volvió a llegar a sus oídos:

—¿Selby Hoffman? Bien. No quiso hacer caso de mi consejo anterior y sigue tratando de saber lo ocurrido a Smore y Schuman. Eso puede costarle un disgusto muy serio. Si quiere llegar a viejo, procure no meterse en lo que no le importa...

La comunicación se cortó al llegar aquí. Selby quedó sumido en

un mar de confusiones. ¿Quién sería la persona que le hablaba? No tenía la menor idea. La voz podía ser lo mismo de hombre que de mujer. ¿Richard Hodgson, míster Anderson, Bandello, Thomas Lowe o Molly Turner? Fuera quién fuese, lo indudable era que su vida corría mayores riesgos de los que dos días antes llegara a imaginarse...

Si es usted un hombre culto y amante de la
emoción, suscríbase a la
EXTRAORDINARIA DEL OESTE
¡La emperatriz de las Colecciones!

VI

PERSECUCIÓN FRUSTRADA



OMPLACIDA y encantada recibió Molly Turner la visita de Jane Garland. Su llegada podía considerarla como providencial. Llevaba tres días sin doncella, no lograba encontrar ninguna que la satisficiera por completo y al día siguiente celebraba su cumpleaños. Hacer sola todos los preparativos de la fiesta, atender personalmente a todos los invitados, no entraba dentro de sus proyectos. Tampoco tener que suspender la recepción ya organizada. La solución a su conflicto se la traía aquella muchachita de aire sencillo y mirada inocente que solicitaba, con cierta timidez, entrar a su servicio.

—Vendrá todos los días a las diez de la mañana —la dijo, porque no me gusta madrugar.

Abandonará la casa hacia las seis o las siete de la tarde. Sin embargo, mañana quiero que me preste un señalado favor. Celebro la fiesta de mi cumpleaños y necesitaría que se quedara hasta unas horas más tarde, atendiendo a los invitados.

Jane dio complacida su asentimiento. A la mañana siguiente se presentó a la hora indicada. Molly aún estaba en la cama. Sin levantarse, la dijo:

—Puede empezar a poner la casa un poco en orden. Llevo varios días sin criada, y ya comprenderá...

Todo se encontraba en completo desorden. Evidente, Molly no era mujer muy cuidadosa. Durante varias horas, Jane hubo de esforzarse por colocar los muebles en su sitio, retirar restos de antiguas comidas, llevarse hasta el cajón de la basura toda una serie de botellas vacías y limpiar suelos y paredes.

Eran más de las nueve cuando comenzaron a llegar los invitados. Ataviada con su flamante uniforme, con una cofia blanca a la cabeza, sería difícil reconocer en la doncella Louise Benton a la Jane Garland de unas horas antes. Cumplía al pie de la letra, con celo y diligencias admirables, las instrucciones de Molly.

Uno tras otro fue abriendo la puerta a los diferentes invitados. Casi todos traían, junto con su felicitación, algunos regalos. Molly, ataviada con un traje de noche muy ajustado, que realzaba su llamativa belleza, les recibía con entusiasmo y muestras expresivas de afecto. La mayor parte de los visitantes eran hombres, no abundando precisamente los jóvenes. Apenas si podían considerarse tales Hunter, Lowe —a quién Jane fingió admirablemente no conocer— y dos o tres más. Todos debían ser admiradores de *miss* Turner, amigos suyos pasados, presentes o futuros y, de cuando en cuando, se cruzaban entre ellos miradas de mutua antipatía.

Sobre las diez y media de la noche hizo su aparición Anderson. Jane conocía por Hoffman lo sucedido dos noches antes en el Marrocco; Lowe, por su parte, le había indicado algo acerca de sus relaciones con *miss* Turner. Le miró con cierta atención. Vio que traía un pequeño estuche en el bolsillo, que sacó al quitarse el abrigo, y entregárselo a la doncella. Molly acudió sonriente a su encuentro.

—Temí que no viniera, querido...

—No podía faltar, Molly. La he traído un pequeño regalo, para que no se olvide de mí...

Ella cogió el estuche y lo abrió. Dentro venía un collar. Jubilosa, exclamó:

—¡Perlas! ¡Es verdaderamente encantador, querido!

Luego, en un movimiento impulsivo, le besó. Anderson se dejó besar, aparentando una profunda emoción. Sin embargo, Jane, que le observaba con atención, creyó advertir una sombra de tristeza y disgusto en sus ojos.

A partir de aquel instante la fiesta se animó extraordinariamente. Molly atendía a todos, repartiendo miradas y sonrisas entre sus admiradores.

Aunque, desde un principio, Jane esperaba la llegada de Richard Hodgson, no pudo dominar un ligero estremecimiento al verle entrar. Mientras recogía su abrigo, pudo ver de cerca aquella cara alargada, con la mejilla izquierda cruzada por una larga cicatriz, y los ojos acerados que tanto la asustaron dos días antes. Temió ser reconocida y procuró que no la viera demasiado de frente.

Por fortuna, Richard no prestó la menor atención a la doncella. Sin mirarla siquiera pasó al interior de la casa, que parecía conocer a la perfección. Abandonando la partida, Molly salió a recibirle. Procuraba mostrarse cariñosa con él, pero Jane recibió la impresión de que había más temor que afecto en la expresión de su rostro.

Casi inmediatamente detrás de Hodgson arribó Luigi Bandello. Traía un buen regalo para Molly, aunque, evidentemente, no admitía comparación, con el de Anderson. Estaba contemplando de lejos el recibimiento que le dispensaba la dueña de la casa, cuando advirtió que Lowe se había colocado a su lado y le decía, en voz muy baja, sin mirarla siquiera:

—Son más de las doce. Dígame a Molly que tiene que marcharse. Podría resultar peligroso que Richard se fijara en usted.

Jane comprendió que le sobraba razón. Esperó una oportunidad, y al hablar un momento aparte con la dueña de la casa, le expresó su deseo partiendo miradas y sonrisas entre sus admiradores de retirarse antes de que fuera demasiado tarde.

—Lo comprendo, Louise, lo comprendo. Váyase cuando quiera. Mañana por la mañana puede encargarse de retirar todo esto...

Encontró a Selby esperándola en un lugar cercano. Había convenido con Lowe la hora aproximada en que saldría la muchacha y el sitio en que debía esperarla. De lejos había visto detenerse el automóvil en que llegaba Richard y estaba impaciente y angustiado por la posible suerte de Jane.

—No hay motivos para inquietarse —le tranquilizó—. Ni siquiera me miró.

—¿Ha logrado averiguar algo?

La muchacha respondió negativamente. Había podido estudiar a Molly. Le parecía una mujer ambiciosa, carente de escrúpulos, interesada y egoísta, pero esto no constituía el menor descubrimiento. También pudo hacer algunas observaciones acerca de los invitados. Sin embargo, el nombre de ninguno de ellos coincidía con las iniciales que les interesaban.

—Hoy no salió Molly en todo el día. Mañana creo que tendré más suerte. Me ha dicho que irá a almorzar con Hunter, Tendré libertad de movimientos para registrar toda la casa.

—Tenga mucho cuidado, Jane. Esa gente es más peligrosa de lo que supone. Especialmente, Richard Hodgson.

Contó a la muchacha lo ocurrido la noche anterior y cómo salvó su vida gracias a la inesperada y providencial intervención de Thomas.

—No quisiera que a usted le sucediera nada por el estilo. Creo que no podría perdonármelo nunca.

—¿Por qué? —Inquirió la muchacha, ruborizándose ligeramente.

—Por haberla propuesto entrar como doncella en esa casa. En realidad, soy el responsable de cuanto pueda sucederle.

—¿Nada más que por eso? —volvió a preguntar con cierto desencanto Jane.

—Hay algo más, mucho más —repuso, atropelladamente, Selby—. Espero poderse lo decir muy pronto. Ahora no creo que deba ser más explícito.

—¿Y si yo se lo pidiera?

—Tendría que decirle... Pero, no; no es el momento más adecuado. Sepa tan sólo que no podría vivir sin usted...

Acompañó a la muchacha hasta su casa en un «taxi». Luego volvió en el mismo coche a las proximidades del domicilio de Molly Anderson. Suponía que los invitados no tardarían en salir,

terminada la fiesta. Como se retrasaran demasiado, el chófer del «taxi» se despidió, diciendo que había llegado su hora de irse a descansar.

Fueron saliendo los invitados. Desde una bocacalle próxima, Selby les observaba sin ser visto. Su propósito era seguir de lejos a Richard Hodgson. Pese a cuánto le dijera Lowe, lo consideraba como el más peligroso de los posibles asesinos. Quería saber dónde vivía, para, en un momento dado, poderle denunciar a la Policía.

Le vio salir al cabo. Acompañándole iba otro individuo, en quien reconoció sin grave dificultad a Luigi Bandello. Los dos se marcharon charlando en plan amistoso. Selby los siguió de lejos, tomando toda clase de precauciones para no ser visto. En esta forma recorrieron diversas calles. De pronto, cuando menos podía esperarlo Hoffman, un coche se detuvo al borde de la acera. Richard saltó a su interior y un minuto después se perdía entre las sombras de la noche.

Selby deseaba ir tras él, pero se encontraba en la imposibilidad de hacerlo. Aunque miró en todas las direcciones, no pudo encontrar un «taxi». Pretender seguirle a pie era totalmente inútil. Por fortuna, Bandello había quedado en la acera. Echó a andar con paso acelerado y un poco instintivamente. Hoffman le siguió.

Recordaba perfectamente que Lowe le había dicho que el «*maître*» del Marrocco vivía al otro lado del río, en un punto de Brooklyn. Sin embargo, Luigi tomaba ahora en dirección opuesta. Un poco asombrado, Selby comprobó que marchaba por la calle Cuarenta y Tres. Una repentina sospecha cruzó por su imaginación. ¿No podría ser Bandello el misterioso inquilino del apartamento desde donde con tanta facilidad podía pasarse a aquel otro en que fue asesinado Smore?

Hasta ahora no había pensado seriamente en Luigi como autor de los dos crímenes. Sin embargo, podían existir motivos que le impulsaran a eliminar a Smore y Schuman. No era sólo que sostuvieran diferentes peleas acerca de los ingresos del Marrocco y la forma en que el «*maître*» rendía sus cuentas, sino también la participación de unos y otros en los más sucios negocios e incluso una posible rivalidad en torno al amor de Molly Turner. Si Bandello vivía al otro lado del Hudson, ¿adónde iba a estas horas precisamente por aquella calle?

Luigi parecía temer que alguien siguiera sus pasos. De cuando en cuando se volvía a mirar en actitud recelosa. Selby tenía que avanzar con toda clase de precauciones, pegado materialmente a la pared, procurando no ser descubierto. De pronto experimentó un ligero sobresalto. No estaban ya lejos de su casa, cuando, en un punto bastante oscuro, Bandello dobló repentinamente una esquina.

Seguro de que Luigi no podía verle ahora, Selby aceleró el paso, acercándose casi a la carrera. Al doblar la esquina quedó desconcertado. Bandello había desaparecido, como si la tierra se le hubiera tragado. Sorprendido, gruñó:

«¿Dónde diablos ha podido...?».

No llegó a terminar la frase. Recibió por la espalda un golpe violento en la cabeza, se le doblaron las piernas y rodó por el suelo, perdido el conocimiento.

Cuando veinte minutos después recobró el sentido se encontró solo en medio de la acera. Le dolía mucho la cabeza, y al llevarse la mano al occipital, advirtió un chichón de considerables dimensiones. Debían haberle golpeado con algo muy duro, posiblemente la culata de una pistola. Al ponerse en pie vio que su cartera estaba en el suelo a unos pasos de distancia. Por un instante pensó que el robo podía ser la causa determinante de la agresión. Pero al examinarla comprobó que no faltaba uno solo de los billetes que llevaba. En cambio había desaparecido el carnet del periódico donde figuraban no sólo el nombre y las señas, sino su retrato.

Se fue a dormir. Cuando a la mañana siguiente se levantó, halló una carta, que alguien había arrojado por debajo de la puerta. Abrió el sobre y dentro encontró una breve nota sin firma. Decía escuetamente:

«Las muertes de Smore y Schuman exigen venganza.

Ha podido engañar a la Policía, pero no a nosotros. No tardará en recibir su merecido».

¿Quién podía ser el autor de la amenaza? No lo sabía. Dudaba entre Luigi Bandello, Richard Hodgson, míster Anderson, Molly Turner... e incluso Thomas Lowe. Le costaba trabajo admitir esto último; pero la actitud de su amigo no se le antojaba suficientemente clara. No creía que Molly Turner tuviese nada contra él, ya que ni siquiera le conocía. Lo mismo pensaba de míster

Anderson. Richard, por su parte, no se habría molestado en amenazar. El más probable era el «*maître*» del Marrocco, especialmente si era el mismo que se ocultaba bajo el nombre supuesto de John L. Davis.

Después de afeitarse y vestirse, bajó a la portería. La mujer de Jonás McLane le dio una explicación clara acerca de la carta. La había traído un individuo desconocido sobre las siete de la mañana, diciendo que era muy urgente. La propia portera la había echado por debajo de la puerta para que Hoffman la encontrara al levantarse.

«Tuvo que ser Luigi Bandello —se dijo Selby—. Vio que le seguía, sabe que sospecho de él y quiere amedrentarme para que no continúe mis pesquisas».



VII

LA HORA DE LA ACCIÓN



El segundo día que Jane Garland —ocultando su verdadera personalidad, bajo el nombre de Louise Benton— pasó en casa de Molly Turner, fue totalmente distinto del primero. Cuando llegó al pisito, la dueña se hallaba durmiendo y la casa estaba en completo desorden, tal y como había quedado al finalizar la fiesta de la noche anterior. Cumpliendo lo mejor posible los deberes de su cargo, la muchacha se esforzó por limpiar las distintas habitaciones, haciendo desaparecer las huellas de la reunión celebrada unas horas antes.

Molly se levantó pasadas las once de la mañana. Advirtió

satisfecha la prisa que la doncella se daba en ordenarlo todo.

—Estoy muy contenta con usted, Louise. Tanto, que a fines de semana la haré un pequeño regalo.

Pasó al cuarto de baño, después al tocador, se arregló con cierta prisa, atendió a dos o tres llamadas telefónicas y poco después de las doce dijo a Jane:

—Voy a almorzar con el señor Hunter. Seguramente no volveré hasta la noche. Si llamara o viniese el señor Hodgson, dígame dónde he ido. Si es el señor Anderson...

Vaciló un instante. Luego, con una sonrisa, completó:

—Al señor Anderson no le nombre siquiera a Hunter. No le tiene muchas simpatías, porque le consumen los celos. No tiene razón, naturalmente, pero siempre es preferible no aumentar inútilmente sus sospechas. Para el señor Anderson he salido de compras y posiblemente no volveré a comer. He dejado recado de que puede verme esta tarde en el Marrocco. ¿Comprendido?

—Desde luego. Descuide, señorita Turner, que cumpliré sus encargos al pie de la letra.

—Así lo espero. Me parece que es usted una chica muy lista, Louise. Un día u otro acabaré casándome con el señor Anderson y sus millones. Entonces no me olvidaré de usted...

Salíó para correr en busca del señor Hunter. Jane sonrió alegre al verla partir. Durante horas enteras tendría toda la casa a su disposición. Sin que nadie la molestase podría registrar los cajones y armarios en busca de la pista que andaba buscando. Tenía que dar con el amigo de la señorita Turner, cuyo nombre respondía a las iniciales J.

W. Según

aquel misterioso Lowe, íntimo amigo de Hoffman, sería un paso de gigante para coger al verdadero asesino de Smore y Schuman.

Inició un registro ordenado, meticuloso y sistemático. Comenzó por el salón de estar. Una de las paredes aparecía ocupada por una especie de librería, en cuya parte interior había varios cajones. Abrió el primero con un pequeño esfuerzo y creyó dar con lo que andaba buscando. Estaba casi lleno de papeles y fotografías en completo desorden. Muchas de las fotografías eran de hombres de todas las edades, con expresivas dedicatorias a Molly Turner. Los papeles eran cartas de amor o simples citas, armadas en algunos

casos con unas iniciales.

Una tras otra fue pasando revista a las fotografías y las cartas. Demostraban claramente el turbulento pasado de la dueña de la casa y el número extraordinario de sus admiradores. Algunas de las notas aludían en forma un tanto extraña a diferentes negocios. Pero con cierta pena comprobó Jane que las iniciales J. W., no correspondían a ninguno de los amantes.

Lo dejó todo conforme lo había encontrado y pasó a examinar un segundo cajón con el mismo resultado negativo. Terminaba de hacer lo mismo con un tercero, cuando llamaron a la puerta. Salió a abrir para encontrarse de manos a boca con el rostro serio y el aire grave y meditabundo de Anderson.

—La señorita Turner ha salido de compras —dijo Jane, nada dispuesta a dejarle pasar—. No comerá en casa. Me dijo que si venía le indicase que le verá esta tarde en el Marrocco.

—Creí que me esperaría aquí —repuso un poco desconcertado Anderson—. ¿Podría pasar un minuto?

Jane no pudo oponerse. Anderson penetró un instante en el recibidor. Luego, poniendo un billete de cinco dólares en la mano de la muchacha, preguntó:

—¿Sabe si ha ido a almorzar con el señor Hunter? Quisiera que me dijese la verdad...

Haciendo un verdadero esfuerzo para mentir, Jane insistió en cuanto había dicho antes. Anderson se la quedó mirando fijamente. Adivinó acaso que no decía la verdad. Pero contra lo que esperaba la muchacha, su nueva pregunta fue totalmente inesperada:

—Me pareció oír anoche que se llamaba usted Louise. ¿Es así?

—Desde luego, señor.

—¿Y no nos hemos visto antes? Juraría que su cara no me es totalmente desconocida...

Jane se estremeció. El día de la detención de su padre, algunos periódicos publicaron una fotografía en que aparecía abrazándole llorosa. ¿Sería capaz de reconocerla Anderson, a pesar de que aquella fotografía estaba un tanto borrosa y no se le veía muy bien? Lo juzgaba imposible. Tranquilizada, repuso:

—Claro, que me ha visto, señor, anoche durante la fiesta...

—Hablaba de antes —gruñó, no del todo satisfecho su interlocutor—. ¿Cuánto tiempo lleva en esta casa?

—Empecé a trabajar ayer mismo.

—Bien. Tiene usted todo el aspecto de una muchacha decente. Ya ha visto la gente que viene por el domicilio de la señorita Turner. ¿Todavía cree que debe continuar en él?

Eran las palabras más sorprendentes que podían oírse de labios de un caballero que, según todo el mundo, aspiraba a convertirse en marido de Molly. Tan sorprendentes, que Jane creyó no haber entendido bien. Preguntó con mal disimulado asombro.

—¿Qué quiere decir, señor?

—¿Aún no lo ha entendido? Que en cualquier otra casa estaría mucho más tranquila y segura que en ésta. Pero ya veo que no quiere comprenderlo así. Bien. Veré luego a la señorita Turner...

Se marchó con gesto malhumorado. Tras cerrar la puerta, Jane pudo reanudar el registro a que estaba entregada. Concluyó de mirar en el salón de estar sin el menor resultado positivo. Pasó entonces al gabinete contiguo a la alcoba de Molly. Había visto un pequeño secreter adosado a una de las paredes. Tenía varios cajones en la parte inferior. Cabía suponer que fuese allí donde guardara sus papeles más importantes.

Tropezó con el grave inconveniente de que los cajones estaban cerrados con llave, utilizando un hierro que encontró en la cocina, procedió a forzarlos sin vacilación alguna. Procuraba hacerlo con el mayor cuidado, en forma que pudiera dejarlos encajados después sin que resultaran demasiado claras las huellas de su violenta apertura.

Al cabo de unos minutos encontró la pista que buscaba. Entre un montón de papeles halló la fotografía de un hombre joven y apuesto, vestido con uniforme de marino. Llevaba una expresiva dedicatoria: «A Molly, con todo el carillo de Josua». Allí estaba la primera inicial. ¿Podría probar fuera de toda duda que aquel marino joven fuese la causa o el autor de los dos misteriosos crímenes?

Siguió su tarea con redoblado entusiasmo. Su esfuerzo se vio pronto recompensado. Se trataba ahora de una nota manuscrita, cuya letra era exacta a la de la dedicatoria del retrato. Su contenido era escueto y significativo. Decía:

«Querida Molly: Seguramente embarcaré esta misma noche. Quisiera verte antes. ¿No podríamos pasar unas

horas juntos por la tarde? Al acceder colmarás todas mis ilusiones esperanzadas. Tuyo siempre, Josua Warren».

Jane tuvo que esforzarse para no lanzar un grito de alegría. Era evidentemente un triunfo completo. Había dado con la solución del enigma. Quedaban, sin embargo, algunos puntos oscuros. Estaba segura, absolutamente segura, de que el joven del retrato no figuraba entre los que la noche anterior visitaron la casa de Molly. ¿Habría forma de encontrarle y poder demostrar su culpabilidad en los crímenes?

No quiso perder tiempo. Aún tenía que mirar en los demás cajones, por si en alguna parte encontraba las señas de Warren. Pero por anticipado quiso dar cuenta de su triunfo a Hoffman. Le llamó al periódico y le comunicó el halagüeño resultado de sus pesquisas. Selby no ocultó su satisfacción al oírla. Preguntó tan solo:

—¿Está segura de que se trata de un oficial de Marina?

—Completamente. Conozco el uniforme. Cuando le enseñe la fotografía no le quedará la menor duda.

—Entonces, hay un procedimiento sencillo para averiguar su dirección. Tengo un amigo en el Departamento de Marina en Washington. Voy a llamarle por teléfono, preguntando cuántos detalles nos interesan.

—Satisfecha, Jane colgó el auricular dispuesta a proseguir sus investigaciones. Una llamada enérgica a la puerta del piso le forzó a interrumpirlas. Cerró los cajones del secreter y salió al ver quién era el visitante. Tenía prisa en despedirle. Miró sin abrir por completo la puerta. Al ver la cara de Richard Hodgson no pudo dominar un gesto de contrariedad. Precipitadamente murmuró:

—La señorita Turner ha salido. Me Indicó que le dijese que iba a comer con el señor Hunter.

Hizo ademán de cerrar. Richard se lo impidió. Empujando con resolución la puerta, la abrió por completo. Al penetrar en el apartamento, dijo a modo de explicación:

—Es igual. He venido a hablar con usted.

Jane no pudo evitar su entrada. Hubo entonces algo que la sobresaltó. Hodgson no se limitó a pasar. Cerró tras sí la puerta y corrió el cerrojo. Alarmada, preguntó la muchacha:

—¿Por qué hace eso?

—Ahora lo sabrá —replicó Richard, mirándole fijamente—. En primer lugar, ¿qué hace aquí?

Procurando disimular su inquietud, Jane respondió que era la doncella de la señorita Turner, como la noche anterior había podido comprobar el señor Hodgson. Su interlocutor le interrumpió con brusquedad:

—¡Basta! A mí no es fácil engañarme. Estoy enterado de todo. Usted es Jane Garland. ¿Qué hace aquí?

La muchacha no supo qué responder. Desconcertada al verse descubierta, no acertaba con una explicación verosímil. Al aumentar su inquietud vino una nueva e inesperada pregunta de Richard:

—¿Dónde está Mac? ¿Qué han hecho con ella?

La sorpresa de Jane fue entonces auténtica y sincera. Hoffman le había contado su visita a la casa de Hodgson. Pero por motivos personales calló todo lo referente a la intervención de la chica que encontró en el Marrocco.

—No sabe quién es Mac, ¿verdad? —chilló, irritado su interlocutor—. También será capaz de decir que desconoce a Selby Hoffman. Conmigo no le valen las mentiras, amiga. Dígame cuánto sepa, y le tiene más cuenta.

Sin responder palabra, la muchacha retrocedió asustada. Quedó junto a la puerta de la alcoba, vencida, acorralada, sin saber cómo salir de tan difícil situación. Considerándose dueño de la situación, Richard tomó las cosas con cierta calma. Adviniendo el claro desconcierto de Jane, continuó:

—Ya ve que lo sé todo. Ahora necesito que me diga algo. ¿Está de acuerdo con ese maldito Anderson? ¿Fue quien la trajo aquí? Responde en el acto o...

Haciendo un violento esfuerzo, la joven consiguió articular unas frases. Decía la verdad pura y simple. No conocía a Anderson hasta que le vio la noche anterior.

—Entonces, ¿por qué estuvo hablando con usted hace media hora?

La explicación de Jane no le convenció en modo alguno. Furioso, gruñó:

—¡Mentira, todo eso es mentira! La verdad es que usted y su padre, de acuerdo con Anderson, mataron a Schuman y a Smore.

¿Por qué lo hicieron? ¿Para qué vino aquí? ¿Qué han hecho con Mac?

Estaba fuera de sí. Le temblaban ligeramente las manos y sus ojos despedían llamaradas. Dio un paso al frente, cogió a Jane por el cuello y la zarandeó colérico:

—¡Vas a decirme cuánto sepas o no saldrás viva de mis manos!

Sacando fuerzas de flaqueza, Jane se defendió a la desesperada. Haciendo un violento esfuerzo, logró librarse de su enemigo. Corrió por la habitación buscando una posible salida. Richard se lanzó tras ella. La muchacha no podía ganar la salida del piso. En cambio, estaba abierta la puerta de la alcoba.

Penetró de un salto y cerró la puerta, corriendo el pestillo. La puerta no era muy fuerte ni el cierre muy seguro. Aunque Hodgson no parecía muy corpulento, bastarían unos cuantos empujones para abrirse paso. Amenazó furioso:

—¡Abra inmediatamente o la mato!

Aterrada, Jane miró en torno suyo, buscando una posible salida. Vio el teléfono y tuvo una idea repentina. Descolgó el auricular, marcó al azar unos cuantos números y habló a gritos:

—¿La estación de Policía? ¡Vengan a toda prisa! Casa de la señorita Turner en la Décimo séptima Avenida. Hay un individuo que quiere asesinarme. ¡Corran mucho, por Dios!

Richard oyó claramente el mensaje de la muchacha. No puso en duda que hablaba realmente con la Policía. Comprendió que había perdido, momentáneamente, la partida empeñada. La Policía neoyorquina estaría allí antes de diez minutos. Le sobraba tiempo para abrir la puerta y dominar a Jane. Pero ¿lo tendría para escapar? Seguramente, no. En cualquier caso no quería arriesgarse. Al iniciar la huida, vociferó:

—¡No tardaré en cogerla y le costará muy caro lo que acaba de hacer!

Con un suspiro de alivio, Jane le oyó alejarse precipitadamente, abrir la puerta de salida del piso y volverla a cerrar. Por el teléfono una voz de hombre preguntaba sorprendido:

—¿Qué dice de la Policía, señorita? ¿Está usted loca o se trata de una broma de mal gusto?

—Usted perdone, señor —replicó Jane—. Me he confundido de número.

Colgó sin hacer caso de las preguntas de su asombrado y desconocido interlocutor. Fue hacia la ventana. Mirando a través de los visillos, pudo ver un minuto después que Richard Hodgson salía de la casa, cruzaba la calzada, entraba en un automóvil que le estaba esperando y desaparecía a la carrera.

Tranquilizada, convencida de que el peligro había pasado por el momento, Jane procedió con serenidad e inteligencia. Salió al vestíbulo, corrió el cerrojo para asegurar la puerta de entrada del apartamento. Después trató de ponerse en contacto con Selby para contarle lo sucedido.

No lo consiguió. Hoffman había salido del periódico y no se encontraba en su casa. Seguramente estaría comiendo en cualquier restaurante.

Prosiguió con entera calma la tarea que hubo de interrumpir al presentarse Hodgson. Guardó en su bolsillo el retrato y la nota de Josua Warren. Luego tornó a cerrar los cajones del secreter, procurando disimular toda huella del forzamiento. Al cabo de un rato tuvo curiosidad de mirar a la calle. Quería saber si Richard había dejado alguno de sus secuaces vigilando los alrededores. Se estremeció al ver que un individuo pasaba ante la casa con aire displicente, seguía hasta la esquina inmediata y luego volvía lentamente sobre sus pasos.

Levantó de pronto la cabeza, y Jane le reconoció con una profunda alegría. Se trataba de Thomas Lowe, el amigo de Hoffman, el mismo que señaló la conveniencia de que entrara como doncella en casa de Molly Turner. No estaba muy segura, desde luego, acerca de la verdadera personalidad de Lowe. A juzgar por cuanto vio la noche precedente, estaba en las mejores relaciones con la dueña de la casa Bandello, Anderson y el mismo Richard Hodgson. De cualquier forma, creía que era posible confiar en él.

Abrió la ventana y le hizo señas para que subiera. Thomas inclinó la cabeza en gesto de asentimiento, cruzó la calle y se dirigió a la casa. Jane le esperó junto a la puerta. Cuando oyó sus pasos, abrió la mirilla y le preguntó antes de franquearle la entrada:

—¿Está seguro de que no le ha seguido nadie?

—Completamente. ¿Qué me quería?

Jane le hizo entrar antes de responderle. Una vez cerrada la puerta a su espalda, le contó en pocas palabras todo lo sucedido.

Lowe le escuchó con profunda atención. Al final procuró tranquilizarla. No era de suponer que Hodgson volviera por allí, al menos durante unas horas.

—Podríamos utilizarlas para buscar lo que nos interesa.

—Creo haberlo encontrado ya —repuso Jane, enseñándole la nota y la fotografía de Josua Warren. Thomas examinó ambas con el mayor interés. Al cabo, exclamó satisfecho:

—Es precisamente lo que yo esperaba.

No quiso ser más explícito por el momento. Parecía que todo su interés se concentraba ahora en borrar las huellas del forzamiento de los cajones.

—Necesitamos que Molly no se dé cuenta de nada.

Sabía cómo lograrlo, aunque para ello necesitaba unas herramientas. Iría por ellas. Jane debía aguardar en la casa. No creía que corriera ningún peligro. La señorita Turner la había indicado que no regresaría hasta la noche. Tendrían, pues, tiempo sobrado.

—Volveré en menos de media hora. Mientras, no abra a nadie. Si torna por aquí Hodgson, no vacile en avisar a la Policía.

Nadie se presentó en la casa durante la media hora que empleó en buscar sus herramientas. Luego se entregó al trabajo con todo cuidado. Procedía con extraordinaria meticulosidad. Tardó un par de horas en ultimar su tarea, pero cuando lo hizo los cajones estaban cerrados de nuevo y nada indicaba en su aspecto que hubieran sido forzados con anterioridad.

Se disponía a marcharse del apartamento, cuando sonó el timbre del teléfono. Jane descolgó el auricular. Era Molly Turner quién hablaba. Parecía contenta y ligeramente emocionada:

—Quiero verla esta misma tarde, Louise. Sí, es algo interesante y urgente. Venga a verme. ¿Al Marrocco? ¡Oh, no; de ninguna manera! Estoy en el Canadian Hotel de la calle Diecisiete. La espero en el vestíbulo...

—Estaré ahí dentro de media hora —replicó Jane.

Pero al colgar el auricular no estaba muy dispuesta a acudir a la cita. Discutió detenidamente el asunto con Thomas Lowe. Cabía en lo Posible que Molly hubiese hablado con Hodgson y la cita fuera una encerrona. Su interlocutor no lo creía.

—Habrían elegido otro lugar menos concurrido que el vestíbulo

de un gran hotel. Mi opinión es que debe ir. Yo la acompañaré hasta allí y me quedaré vigilando la puerta. Acaso tenga mucho interés lo que haya de decirle Molly.

Antes de salir de la casa, se convencieron de que ninguno de los hombres de Richard merodeaba por los alrededores. Al echar a andar por la acera, Jane iba delante; Thomas marchaba unos pasos detrás, mirando a todas partes, con la mano derecha hundida en el bolsillo del abrigo, donde llevaba una buena pistola.

A medio centenar de metros detuvieron un «taxi». Montaron los dos y Lowe dio la dirección del Canadian. Mientras el automóvil atravesaba una larga serie de calles, Thomas habló con la muchacha. Tenían tiempo para hacer aquella visita. Ambos estaban citados con Hoffman en un salón de la Séptima Avenida, a las seis de la tarde. Como no eran más que las cinco, podrían llegar a la hora convenida.

Cuando llegaron al Canadian Hotel, Jane penetró resueltamente, mientras Lowe, con aire de absoluta indiferencia, examinaba los alrededores primero y miraba a través de unas vidrieras al interior del vestíbulo después. Quedó allí, en actitud expectante, presto a intervenir en defensa de *miss* Garland si algún peligro la amenazaba.

En un rincón del «*hall*», Jane pudo ver a Molly Turner hablando animadamente con James Anderson. Molly parecía satisfecha, riendo complacida al escuchar algo de lo que su acompañante la decía. Respetuosamente, la muchacha se detuvo a unos pasos del grupo.

—Acérquese, Louise —dijo al verla Anderson—. La señorita Turner desea hablarle.

La joven obedeció. Anderson se alejó para dar un encargo a un camarero, con el deliberado propósito de que las dos mujeres pudiesen hablar con entera libertad.

—Estoy muy contenta con usted, Louise —comenzó Molly—. Sin embargo, me veo precisada a prescindir de sus servicios.

Jane quedó un minuto desconcertada. Por su cerebro cruzaron los más contradictorios pensamientos. ¿Habría influido Anderson para que la despidiera? ¿Sería todo obra de Hodgson que hubiera contado a Molly su amiga la violenta entrevista sostenida unas horas antes? No la interesaba, desde luego, seguir en la casa, una

vez encontrado lo que buscaba; pero sí conocer los motivos de su despido. Con gesto de tristeza repuso:

—Si he cometido alguna falta...

—De ninguna manera —se apresuró a tranquilizarla Molly—. Es posible que quien vaya a cometerla sea yo. Porque voy a casarme.

—¿Con el señor Anderson? —se atrevió a preguntar Jane.

—Naturalmente. Quiere que nos casemos mañana mismo. Le molestan bastante los recuerdos que pueda tener mi apartamento, y prefiere cerrarlo. Nos iremos a vivir a un piso más elegante que tiene ya preparado.

Le dio algunas explicaciones, a las que no prestó excesiva atención la muchacha. Molly estaba contenta, y como prueba de su afecto pagó a su doncella, no los dos días que había estado a su servicio, sino el sueldo de un mes. Sentía despedirla, pero era una exigencia de míster Anderson, deseoso de que su prometida rompiera con cuánto constituía su pasado. Jane devolvió a *miss* Turner las llaves del piso y tras saludar con una inclinación de cabeza al prometido de Molly abandonó el hotel.

En la puerta la esperaba Thomas Lowe, que la acompañó hasta el coche sin hablar una sola palabra. Una vez el automóvil en marcha, Jane contó rápidamente los motivos de la llamada de *miss* Turner. Concluyó:

—Cómo ve, no tenía gran importancia. Anderson me resulta muy simpático. Siento que se case con una mujer como Molly, después de lo que me dijo hace unas horas no puedo comprender su actitud. Pero supongo que cuando un hombre está enamorado, salta por encima de todo.

—Acaso tenga la noticia mayor interés del que sospecha, señorita Garland —comentó pensativo Lowe.

—¡No creerá que Anderson tenga nada que ver con Josua Warren!, ¿verdad?

—Me imagino que no, aunque tampoco me atrevería a sentar una afirmación tan categórica.

—Hoffman debe ya saber todo lo relativo a ese misterioso Warren. Esperemos que sea lo suficiente para aclarar el enigma y demostrar la inocencia de mi padre.

Cuando arribaron al salón de té, tuvieron que aguardar un buen rato. Selby se retrasó bastante. Mientras, la muchacha y Lowe

hicieron cábalas acerca de lo sucedido. Fácilmente llegaron a un acuerdo. Parecía relativamente sencilla la explicación de lo ocurrido. Aquel Josua Warren había sido amigo íntimo de Molly. Posteriormente debieron reñir, posiblemente porque Molly mostró demasiadas preferencias por Smore o Schuman; acaso porque los tres, utilizando malas artes, hicieron víctima al marino de algún chantaje. Era perfectamente verosímil teniendo en cuenta que el chantaje parecía ser la principal fuente de ingresos de los dos asesinados durante los últimos tiempos.

—Warren asesinó a sus enemigos, respetando a la mujer por un exceso de caballerosidad. Pero, aun admitiéndolo así, todavía nos queda lo más difícil: dar con él y demostrar su culpabilidad.

Pero hubieron de abandonar toda esperanza de conseguir esto último cuando veinte minutos después hizo su aparición Selby Hoffman. Desde el instante mismo en que Jane le llamó por teléfono dándole el nombre que correspondía a las famosas iniciales, estuvo realizando toda una serie de averiguaciones. La principal de todas la hizo telefónicamente en Washington; otras varias en el propio Nueva York.

—Al final —dijo—, me encuentro en un callejón sin salida. Igual que Lowe había pensado que Josua Warren fuera el autor de los crímenes. Pero no es posible sostenerlo ni un solo instante.

—¿Por qué?

—Muy sencillo. Hace media hora recibí un telegrama de Washington en respuesta a mis preguntas. Dice así:

«Josua Warren, natural de San Louis (Missouri), capitán de la Marina de Guerra, mandaba el destructor “Hateras” hundido frente a las costas americanas el 27 de febrero de 1944, por los submarinos alemanes cuando protegía un convoy. Warren murió heroicamente en el puesto de mando de su buque».

De los labios de Jane se escapó un grito de contrariedad. ¡Había confiado tanto en que aquel desconocido marino pudiera ser el autor de los dos crímenes!...

—Entonces, ¿todo mi trabajo ha sido inútil?

—En absoluto, señorita —repuso con rapidez Thomas—. Es ahora cuando lo considero de mayor interés.

—Pero si Warren murió hace cinco años, ¿qué pudo tener que ver en la muerte Albert Smore?

—Mucho. Recuerde que su hermano también falleció años atrás y pudo ser, sin embargo, causa directa de ambos asesinatos. Tengo la seguridad de que quien mató a Smore y Schuman, lo hizo para vengar la muerte del desgraciado marino.

—Pero ¿quién pudo ser? —intervino más intrigado que nunca Selby.

—No lo sé —contestó pensativo Thomas—. Pero acaso resulte muy conveniente no perder de vista que San Louis es una ciudad del Middie West...

Fueron inútiles los esfuerzos de sus acompañantes para lograr que explicara el significado de tan enigmática frase. Respondía con evasivas a todas las preguntas. De pronto se acercó un camarero, preguntando:

—¿Señorita Jane Garland, por favor? Le llaman por teléfono, señorita. La cabina está en el pasillo de entrada.

—¿No dijo quién llamaba? —preguntó receloso Selby.

—Sí. Afirmó que era el señor Taylor y tenía un recado urgente para la señorita Garland que se encontraba en el salón.

Jane se puso en pie, sonriente y tranquila. En breves palabras explicó que Taylor era el jefe de la oficina donde trabajaba. Llevaba unos días sin ir al trabajo y aquella misma mañana le llamó para explicarle algo de lo que sucedía, indicándole que por la tarde iría al salón en que ahora se encontraba.

—Espéreme aquí. Supongo que no tardaré más de dos o tres minutos.

Thomas y Selby esperaron con toda, calma, discutiendo animadamente en torno al asunto que les preocupaba. Comenzaron a inquietarse cuando transcurrieron diez minutos sin que volviera la muchacha. Al cuarto de hora abandonaron la mesa para ir hasta la cabina. Se hallaba en un largo pasillo no muy bien alumbrado, cerca de la puerta de entrada. Allí no estaba *miss* Garland.

Preguntaron a los camareros. Nadie sabía una sola palabra de lo sucedido. Varios habían visto a Jane dirigirse hacia la cabina, pero ninguno la vio salir.

Verdaderamente alarmados, Selby y Thomas salieron a la calle. El chófer de un «taxi» parado junto a la acera les dio la explicación

de lo sucedido:

—Hace un cuarto de hora vi salir a dos hombres que llevaban en volandas a una señorita. Se metieron con ella en un coche que les esperaba y que se puso en marcha inmediatamente. Supuse que la muchacha estaba enferma o mareada.

—¿No se fijó en la matrícula del coche o en los dos hombres?

—No vi el número de la matrícula. En los hombres tampoco me fijé mucho. Pero juraría que uno de ellos tenía una extensa cicatriz en la mejilla izquierda.

Hoffman se estremeció de pies a cabeza. Con un gemido de angustia murmuró:

—¡Richard Hodgson!

—Sí. Richard Hodgson. Tendremos que darnos mucha prisa, si hemos de impedir que la pobre Jane pase el rato más amargo de su vida.

—¿Qué podemos hacer? ¿Avisar a la Policía?

—No. Perderíamos demasiado tiempo —repuso Lowe—. Hizo pararse un «taxi» y saltó a su interior en compañía de Selby. Una vez dentro preguntó a Hoffman: ¿Llevas la pistola? ¡Pues ha llegado el momento de manejarla! O mucho me equivoco o antes de media hora te acordarás bastante de Montecasino o Las Ardenas. Y acaso corras mayor peligro que en ninguno de esos dos sitios...

VIII

LA BANDA DE RICHARD HODGSON



AM Dexter había quedado solo en la casa. Mike y los otros dos muchachos se fueron en compañía de Richard para dar una buena lección a aquella condenada chica que debía saber demasiadas cosas. No volverían hasta bien avanzada la noche. Tampoco era de suponer que apareciera por allí ninguno de los amigos. Tranquilamente, se dejó caer en uno de los sillones del despacho, puso una botella de «*whisky*» al alcance de la mano y comenzó a beber con inequívocas

muestras de satisfacción.

Una llamada a la puerta le sacó de su abstracción cuando la botella de «*whisky*» aparecía ya casi mediada. Disgustado se dirigió a la puerta, dispuesto a despedir de mala manera al visitante. Una voz conocida llegó entonces a sus oídos:

—Ábreme, Sam. Soy Thomas Lowe.

Abrió sin el menor recelo. No le agradaba aquel tipo; le parecía demasiado fino e inteligente y solía gastarle bromas un tanto pesadas. Pero debía formar parte del grupo, le había visto en muchas ocasiones hablando con Richard y Mike, estuvo en la casa en cuatro o cinco ocasiones y, según Mike, estaba prestando al jefe los mejores servicios.

Comenzó a desconfiar cuando vio que no venía solo. En unión de Thomas entró otro individuo al que Sam tuvo la impresión de haber visto con anterioridad, aunque no recordaba dónde. Sin dejarles pasar del vestíbulo, preguntó:

—¿Qué quieres, Lowe? El jefe no está. Seguramente no volverá hasta última hora. Lo mejor que puedes hacer es largarte. Ya sabes que no quiere...

—Necesito saber dónde puedo encontrarle ahora mismo, Sam. Es un asunto de vital importancia.

Selby cometió la imprudencia de dar un paso al frente. La luz le dio de lleno en la cara. Sam le reconoció en el acto. Era el mismo tipo que estuvo allí en compañía de Mac y al que después lo lograron cazar Mike y Richard. Malhumorado, gruñó:

—Ese tipo...

Hoffman comprendió que había sido reconocido. No pudo dominar sus nervios. Sin saber exactamente lo que hacía se llevó la mano al bolsillo pretendiendo sacar un arma. Sam no le dio tiempo. Con la mano izquierda le asestó un directo al estómago; con la derecha le alcanzó la punta de la barbilla en un violento «upercut». Selby perdió contacto con el suelo; al recobrarlo lo hizo de bruces y medio inconsciente por la violencia de los golpes recibidos.

Dexter quiso lanzarse sobre él para destrozarle a puñetazos y patadas. Hubo algo que se lo impidió. Fue la inesperada intervención de Thomas Lowe. Sin hablar palabra había sacado una pistola. Por un instante pensó en matar a Sam. Luego, cambiando de manera de pensar, le asestó un violento culatazo en la cabeza.

Dexter sintió una terrible conmoción, brillaron ante sus ojos innumerables lucecitas, se le doblaron las piernas y rodó por tierra, perdido el conocimiento.

Lo recobró dos minutos después. Al abrir los ojos pudo ver a Thomas, arrodillado junto a él, haciéndole injerir unos sorbos de «*whisky*». Unos pasos más allá estaba Selby, sentado en el sillón y acariciándose con gesto dolorido la barbilla. Dexter trató de llevarse las manos a la cabeza que le dolía bastante. Sintió un tintineo metálico y advirtió, sorprendido, que le hablan puesto en las muñecas unas relucientes esposas.

—Levántate, Sam, y contesta a mis preguntas. Será mejor para ti.

Le ayudó incluso a ponerse en pie. Dexter no comprendía lo sucedido. De todas formas no estaba muy dispuesto a ayudar a quién ya podía considerarse como su mayor enemigo.

—Éstas sólo en la casa, Sam. Pero sabes de sobra dónde han ido Richard y los muchachos. ¿Dónde están?

—No lo sé —contestó encogiéndose de hombros Dexter.

—¡Vaya si lo sabes! Estás perfectamente enterado de que Hodgson y Mike fueron a un salón de la Séptima Avenida para secuestrar a Jane Garland. Conoces también el sitio a dónde la han llevado. Y esto es lo que vas a decirme y sin perder un solo minuto.

—Te engañas, Thomas No sé dónde han ido, pero aunque lo supiera tampoco te lo diría.

—Quién te engañas eres tú, Sam. Me lo dirás, aunque tengas menos inteligencia de la poca que aparentas.

Habló en tono enérgico, con claridad y precisión. Estaba perfectamente enterado de las turbias andanzas de Sam Dexter. Conocía sus antecedentes y cuántos datos aparecían en su ficha policíaca. Pero sabía algo más que la Policía ignoraba y que expuso con sorprendente conocimiento de causa.

—Si te entrego a las autoridades, si cuento lo que sé de ti, habrá más que suficiente para que pases el resto de tu vida en una celda de

Sing-Sing,

si tienes la suerte de escapar a la silla eléctrica.

Sam le oía un poco asustado. De pronto sonrió irónico. Lowe no hablaría. Si lo hiciese, tampoco saldría muy bien librado, dada su

participación en los negocios de Richard y Mike.

—Te equivocas de nuevo, Dexter. No me pasaría absolutamente nada. Mira esto y te convencerás.

Sacó del bolsillo un pequeño carnet que mostró a Sam un segundo. El rostro del forajido experimentó una radical transformación. Abrió desmesuradamente los ojos. Luego, desconcertado, murmuró:

—¿Entonces, tú eres uno de esos...?

—Sí. Ya ves que puedo hablar sin que me pase nada, mientras tú te pudrirías en una celda. Pero no te ocurrirá esto. Te aseguro que no irás a

Sing-Sing

si persistes en cerrar la boca.

—¿Me dejarás en libertad? —preguntó incrédulo Dexter.

—En completa, libertad, pero con una onza de plomo en la cabeza. No puedo perder tiempo. En circunstancias normales te entregaría a la Policía. Cuando está en peligro la vida de una mujer, he de proceder de otra manera. Voy a contar cinco. Si para entonces no has decidido hablar, apretaré el gatillo.

Apoyó con gesto resuelto el cañón de su pistola en la sien izquierda de Sam y comenzó a contar:

—Uno... Dos... Tres...

Dexter comprendió que no amenazaba en balde. Persistir en su mutismo, equivalía a un suicidio. Lowe dispararía sin vacilaciones. Sam no tenía nada de valiente y sintió ahora un terror pánico. Angustiado, gritó:

—¡Basta! ¡Hablaré!

Habló, efectivamente, sin necesidad de que Thomas le hiciera nuevas preguntas. Bastaba el frío del acero en su sien para soltarle la lengua. Richard y Mike habían salido de allí para secuestrar a Jane. Con ellos marcharon también Andy, el conductor del coche y Nat Smith. Era Nat quién había visto a la muchacha en el salón, hasta donde fue siguiendo de lejos a Hoffman.

—A la chica se la llevaron a casa de Andy, un hotelito de las afueras de Bronx, en la East River Street. ¿Lo conoces?

—No. Pero tú vendrás conmigo. Si la cosa sale bien, podrás escapar relativamente bien. Si has mentido o pretendes jugarme alguna mala pasada, puedes irte despidiendo de la vida.

La proyectada excursión no hacía ninguna gracia a Sam. Desgraciadamente, no estaba en condiciones de negarse, cuando Lowe empleaba argumentos tan persuasivos como el cañón de su pistola. Thomas se volvió a Selby para decirle:

—Hace falta que vengas tú también. Pero conviene que serenes tus nervios y si llegas a sacar la pistola sea para disparar antes que tus enemigos.

—¿Vamos a ir solos? —inquirió con ligero temor Hoffman—. Serán cuatro o cinco «gángsters» y nos recibirán a tiros.

—Es posible que sí, pero no podemos aguardar ayudas, Nos expondríamos a llegar demasiado tarde.

Dejando a Selby como guardián del prisionero, Lowe pasó a la habitación inmediata y estuvo hablando por teléfono. Preocupado por vigilar los menores movimientos de Sam, su amigo no pudo entender claramente lo que decía, pero le pareció que había nombrado al

F. B. I.

Le sorprendió bastante, pero con el nerviosismo del momento no se acordó de pedirle explicaciones.

—Vámonos —dijo Thomas luego de hablar por teléfono—. Cuanto antes lleguemos a Bronx será mejor.

Se adelantó a hablar con el chófer del «taxi» para explicarle algo acerca del prisionero y de sus propósitos. Debió convencerle por completo, ya que cuando Hoffman apareció con Sam, el chófer no pareció sorprendido en lo más mínimo ni hizo la menor pregunta.

—¿No nos acompañará nadie? —preguntó Selby—. Creí que ibas a avisar a la Policía.

—Ya está avisada. Antes de media hora habrá allí tres o cuatro coches con veinte hombres armados hasta los dientes. Pero conviene que vayamos delante.

Selby tenía sus dudas acerca de tal conveniencia, pero no respondió nada. En definitiva se trataba de salvar a Jane y era quien más interés tenía en lograrlo. Atravesaron a toda velocidad la parte norte de Manhattan y se adentraron por las larguísimas calles de Bronx. Por orden de Thomas, Sam daba, de vez en cuando instrucciones al chófer.

Al fin llegaron a East River Street. La casa que buscaban tenía el número 317. Dexter la señaló desde lejos. Lowe hizo detenerse el

coche a dos manzanas de distancia. Dio con rapidez sus últimas instrucciones. Selby se quedaría en el coche, vigilando a Sam. El penetraría en la casa, para tratar de coger por sorpresa a sus enemigos. Si no había salido dentro de media hora, podían darle por muerto. Tendrían el automóvil en marcha para echar a correr en caso de que tuviera que huir perseguido de cerca.

—Llegarán unos coches policíacos. Haz que los hombres rodeen la casa. Si oís tiros, entrad inmediatamente. Tirando a matar, naturalmente, porque son peligrosos los individuos que hay dentro.

Hoffman opuso algunas objeciones al plan. Entendía que era el más obligado personalmente a correr toda clase de riesgos. Si alguno tenía que jugarse la vida, debía ser él y no su amigo. Thomas, repuso:

—Serás de mucha mayor utilidad haciendo lo que te he dicho. Si quisieras entrar en la casa, sólo conseguirías que te mataran y, acaso, que matasen también a la pobre Garland.

Un poco a regañadientes accedió Selby. Vio cómo Thomas se apeaba del automóvil, caminaba con resolución, llamaba a la puerta del hotelito y penetraba en su interior. Esperó con terrible impaciencia los acontecimientos. Jamás se le hicieron, más interminables unos minutos de espera...

Como Lowe suponía, Jane Garland estaba viviendo en aquellos instantes los momentos más angustiosos de su vida entera. No receló nada cuando el camarero la avisó que la llamaban por teléfono. El pasillo estaba muy oscuro. Abrió casi a tientas la puerta de la cabina y penetró. Con terror advirtió entonces que dentro había un hombre. Quiso retroceder, pero no pudo; al intentar chillar sintió que una mano de hierro apretaba contra su boca un pañuelo empapado en una sustancia de penetrante olor. Por espacio de dos minutos se debatió entre los brazos de su desconocido enemigo. Al cabo, perdió el conocimiento.

Al volver en sí se encontró en una habitación totalmente desconocida. Estaba tumbada sobre un diván. Un individuo de aire brutal al que estaba segura de no haber visto nunca, la obligó a beber algo. El líquido le hizo un gran bien, disipando las tinieblas que envolvían su cerebro. Pudo sentarse y mirar en torno suyo. A través de una ventana vio los árboles de un pequeño jardín. Pero también algo en el centro que la hizo estremecerse. Sin poderse

contener exclamó:

—¡Richard Hodgson!

El aludido, que se hallaba de pie a unos pasos de distancia, sonrió levemente. Acercándose comentó:

—Perfectamente. Yo también la conozco. Con esto nos evitamos largas explicaciones. Necesito ahora que me conteste a lo que esta mañana la pregunté.

La muchacha calló sin saber qué responder. Richard continuó hablando, pretendiendo hacerlo en tono persuasivo:

—De aquí no podrá escapar ni avisar a la Policía. Debe comprender que le conviene decirme cuánto sepa. Si lo hace, es muy posible que la deje marchar sin daño alguno, en caso contrario...

—¿Qué? —preguntó con un hilillo de voz Jane.

—El amigo Mike no es un prodigio de sensibilidad y delicadeza. A veces es demasiado violento. No le agradarían sus procedimientos si le contraría con su silencio. Hazle una pequeña demostración, Mike.

El forajido no se hizo repetir la orden. Cogiendo bruscamente a la muchacha la colocó en las muñecas unas esposas. La demostración ordenada por Hodgson consistió en apretarlas un poco. Jane sintió un dolor intenso y lanzó un grito. Richard sonrió complacido.

—Ya ve que no puede ni callar ni mentir. Si no responde con la verdad a mis preguntas, no vacilaré incluso en matarla. Pero, naturalmente, preferiría no tener que hacerlo.

Tomó por asentimiento tácito el silencio de la muchacha, que temblaba de pies a cabeza. Seguro de dominar la situación hizo su primera pregunta:

—¿Qué han hecho con Mac Sidney? ¿Dónde la llevó su amigo Selby Hoffman?

—No lo sé. No había oído su nombre hasta que usted lo pronunció esta mañana.

—¡Mentira! Ya veo que no quiere ser comprensiva ¡Apriétala un poco más, Mike!

El acero de las esposas se clavó en las carnes de Jane que lanzó un verdadero alarido. Llorosa suplicó:

—No siga apretando. Diré todo lo que sé, pero le juro que no

conozco a esa Mac Sídney, por la que me pregunta.

—Bueno. Dejemos por el momento a Mac. Dígame: ¿por qué mató a Peter Smore?

—Yo no le maté. Han detenido a mi padre culpándole del crimen, pero es inocente.

—La creo en esto último. Su padre se hizo responsable para salvarla a usted. Pero no ha respondido a mi pregunta: ¿por qué le mataron?

Con gesto desesperado la muchacha contó toda la verdad. No habían asesinado a Smore. Fue a su casa con el deseo de recuperar unas cartas de su hermano; su padre si deseaba matarlo, pero cuando llegó se lo encontró muerto. Las cartas demostraban que su hermano Joe había sido víctima de una organización de espionaje, teniendo que suicidarse. El propio Smore se lo había dicho así al hacerles víctima de un chantaje.

—Estás mintiendo —chilló airado Mike, apretando por su cuenta las esposas—. Smore no iba a ser tan estúpido como para comprometerse por un puñado de dólares...

—No la aprietes, Mike —ordenó seco y enérgico Richard—. Ahora dice la verdad. Smore y Schuman cometieron esa estupidez, que tan cara nos puede costar a todos. Deja que la chica siga hablando. Ahora dígame: ¿qué encontró en casa de Molly Turner?

La muchacha vaciló un instante. Sintió deseos de contar toda la verdad. Luego estimó muy peligroso hablar de Josua Warren. Prefirió mentir. Afirmó que las cartas de su hermano no fueron halladas por la Policía. Supuso que las tendría Molly y entró de doncella en su casa. Desgraciadamente, no pudo dar con lo que buscaba.

—¿Quién le indicó que fuera allí? ¿Acaso James Anderson?

—No. Ni siquiera le conocía hasta anoche.

—Y ¿a qué fue esta mañana a casa de *miss* Turner?

—A buscarla. Le había prometido comer con él, pero prefirió hacerlo con *míster* Hunter.

—¿Por qué entró entonces en la casa, si Molly había salido?

Jane respondió la verdad. *Míster* Anderson la había aconsejado que buscase un lugar más adecuado para una chica decente. Richard sonrió irónico al escucharla.

—¡Qué cosa más bonita! ¡James Anderson, amigo de Molly, uno

de los dueños del Marrocco velando por la moral pública y dando paternales consejos a una muchachita a la que ni siquiera conoce! Basta de mentiras. Necesito la verdad, ¿lo oye?, la verdad.

—Pero si se la estoy diciendo...

—Duro con ella, Mike. Apriétala fuerte.

—Está bien, jefe.

Acogió con una risa burlona el primer grito de dolor de Jane, cuyas manos estaban amoratadas ya. Iba a seguir cuando resonó una llamada en la puerta de la habitación. Richard gruñó malhumorado.

—¿Qué pasa, Andy? Ya dije que no quería que me molestasen.

—Ocurre algo grave, jefe. Déjeme entrar. Hodgson fue a abrir la puerta. En el umbral apareció Andy, un tipo corpulento, de pequeña cabeza y rostro de aire repulsivo y brutal. Anunció:

—Lowe acaba de llegar. Dice que a Sam le cogió la Policía; pudo tirarse del coche en marcha, pero le metieron unos balazos en el cuerpo. Parece que andan buscando a la chica.

—Así es —dijo Thomas apareciendo—. A Sam le hicieron muchas preguntas y hablando de Bronx. No me extrañaría que vinieran por aquí.

—Nadie sabe que estamos aquí —repuso Richard, y mal pueden venir a buscarnos.

—Yo tampoco lo sabía, ¿no? Sam me lo dijo; acaso se lo dijo también a la Policía, porque le pegaron mucho antes de que lograra escapar.

—¿Dónde está ahora?

—En lugar seguro, aunque muy grave. Yo vine corriendo para traeros el aviso.

Mike lanzó un grito de rabia. Richard también daba muestras de profunda inquietud y contrariedad. Empezaba a creer que fuese verdad. De pronto, atraído por sus voces acudió Nat que vigilaba la puerta trasera del hotelito. Cuando Thomas quiso darse cuenta del peligro que representaba, era demasiado tarde para él. Nat le había puesto una pistola en la espalda gritando:

—¡Levanta las manos inmediatamente o te mato!

Lowe obedeció convencido de que una bala seguiría a la advertencia. Hodgson protestó airado:

—¡Estás loco, Nat! ¿No sabes que ese individuo es Lowe, uno de

mis mejores auxiliares?

—Quién está loco es usted, jefe. Es posible que éste sea Lowe, aunque nunca le había visto. Pero sí estoy seguro de que es íntimo amigo del periodista y que estaba con la muchacha cuando la vi esta tarde en el salón, de té.

Sus palabras produjeron un efecto inmediato. Repentinamente cambió la actitud del resto de sus enemigos. El gesto de sorpresa de Richard, Mike y Andy se trocó en otro de franca hostilidad. Amenazador preguntó Hodgson:

—¿Es cierto eso? ¿Quién eres entonces? Responde deprisa o no podrás contestar nunca...

—Thomas Lowe —repuso con entera calma el interesado, decidido a jugarse el todo por el todo—, uno de los más modestos agentes del

F. B. I.

Tan modesto, que hasta hoy no reuní todas las pruebas precisas para enviaros a la silla eléctrica.



Lo volteó por encima de su cabeza.

—¿A nosotros? —preguntó, entre asombrado e irónico, Richard —. ¿Olvidas que estás en nuestras manos? ¿Crees que podrás salir con vida de entre ellas?

—Desde luego. No soy tan tonto como para haber venido solo. Cincuenta hombres rodean en este momento la casa. Mirad por la

ventana y os convenceréis.

Sin poderse contener, Richard, Mike y Andy miraron hacia allá. Sólo Nat quedó a su lado, apuntándole con su pistola. Thomas aprovechó la oportunidad. Cogiendo a Nat de la muñeca, se lo echó a la espalda, para voltearlo limpiamente por encima de su cabeza. Era una clásica llave de «*jiu-jitsu*», pero la ejecutó con una perfección que le hubiese valido la más calurosa felicitación del profesor de la escuela del

F. B. I.,

de haberla podido presenciar.

Aunque cogido por sorpresa, Nat apretó, desesperado, el gatillo de su pistola. Resonaron dos disparos, pero los balazos fueron a clavarse en la pared del fondo. Luego, al chocar violentamente contra el suelo, quedó medio conmocionado.

No por ello había pasado el peligro para Thomas. Richard, Mike y Andy se volvían con rapidez, empuñando sendas pistolas. Hicieron fuego sin vacilaciones. Lowe habría muerto, de permanecer en el mismo lugar que ocupaban cinco segundos antes. Por fortuna para él, había previsto la reacción de sus enemigos, traspassando de un salto el umbral de la puerta y sacando al mismo tiempo un arma con la que responder a sus enemigos.

Probó entonces la rapidez y eficacia de su tiro. Andy, que pretendió lanzarse en su seguimiento, se vio detenido en su carrera por dos onzas de plomo. Alcanzado en mitad del pecho, abrió los brazos en gesto trágico, lanzó un verdadero alarido y se vino de bruces al suelo.

Richard y Mike siguieron tirando. Hodgson demostraba ser también un magnífico tirador. Tres o cuatro balazos silbaron muy cerca de la cabeza de Thomas, aunque éste disparaba medio parapetado en el quicio de la puerta. Lowe contestó tirando con vertiginosa rapidez. Tuvo la seguridad de haber herido al jefe de la banda; pero, sin darse por vencido. Richard seguía disparando, parapetado ahora tras el diván donde estuviera momentos antes Jane, que había tenido el acierto, al resonar los primeros tiros, de arrojar al suelo.

—¡Viene gente! ¡Vamos deprisa, o nos cogerán aquí!

Era Nat quién hablaba. Mirando por la ventana, había visto varios coches policíacos detenerse en la calle. Sin pararse a ver si le

seguían sus compañeros, abrió la ventana y saltó al jardín. Mike sintió un terror de pánico. Apremió a Hodgson:

—¡Deprisa, jefe! ¡Aquí no podemos seguir! Corrió a la ventana y se lanzó en seguimiento de Nat. Hodgson pretendió imitarles. Andaba con cierta dificultad porque tenía un balazo en la pierna izquierda, No pudo ir muy lejos. Llegaba junto a la ventana cuando sintió en el muslo derecho el mordisco de una onza de plomo. Fue tan agudo el dolor, que soltó instintivamente la pistola que empuñaba para llevarse las manos al lugar de la herida. Luego, incapaz de continuar en pie, fue inclinándose lentamente hasta quedar tendido en el suelo.

Tras poner un nuevo cargador en la pistola, Lowe entró en la habitación. Una sola ojeada le bastó para, ver que Hodgson estaba sin sentido. Corrió a levantar a Jane.

—¿Está usted herida?

—No. Pero me duelen terriblemente las muñecas.

Su diálogo quedó interrumpido por unos disparos que sonaron en el jardín, a los que respondieron inmediatamente varias ráfagas de pistola ametralladora. Corrieron a la ventana. Mike parecía tendido en el jardín en medio de un charco de sangre. Nat levantaba los brazos, rodeado de varios policías. Pistola en mano, Selby Hoffman corría a su encuentro.

—¡Jane, Jane!

Abrazó, conmovido y emocionado, a la muchacha, que lloraba de alegría. No fue preciso que ninguno de los dos hablara una palabra para que ambos estuvieran de completo acuerdo. Mientras, Lowe ponía en las muñecas de Richard las esposas que acababa de quitar de las manos de *miss* Garland, diciendo con una sonrisa:

—Creo que las tiene bien merecidas.

Podía parecer inútil tal precaución con un hombre gravemente herido, pero Thomas conocía a Hodgson y no quería correr riesgos innecesarios. Entraron varios agentes armados con fusiles ametralladores. Un médico se inclinó sobre el cuerpo de Andy. Estaba muerto. Luego examinó a Richard:

—Ha perdido mucha sangre, pero las heridas no son de gravedad.

Un hombre alto, bien vestido, de gesto serio y ademanes reposados, en quien Selby reconoció, pese a la emoción del instante

que vivía, al jefe superior de la Policía federal, felicitó efusiva y cordialmente a Thomas:

—Esperábamos mucho de usted, Lowe, pero ha superado nuestras esperanzas. El

F. B. I.,

se siente orgulloso de contarle en sus filas. El País entero tendrá que agradecerle el enorme servicio que acaba de prestarle.

Tanto Hoffman como Jane experimentaron al oírle una sorpresa considerable. Selby, especialmente, por cuanto jamás pudo imaginarse que su amigo perteneciera a la famosa Policía federal. Sospechaba todo lo contrario precisamente. Sus relaciones con Hodgson, sus constantes visitas al Marrocco, su amistad con Molly y lo nada claro de sus andanzas le indujeron a pensar que la conducta de Lowe no era todo lo clara que fuera de desear.

Unas horas después, reunidos los tres en casa de Hoffman, Selby se lo dijo así a su amigo, añadiendo:

No quiero ocultarte siquiera que durante algún tiempo estuve convencido de que habías sido tú quien asesinó a Peter Smore y Albert Schuman. Ahora comprendo que mis sospechas eran totalmente absurdas.

—¿Por qué? —preguntó, con una sonrisa, Thomas—. ¿Sabes ya, acaso, quien los asesinó?

—Naturalmente: Richard Hodgson y su banda.

—Te equivocas de medio a medio. A Smore y Schuman pudo asesinarlos cualquiera. Cualquiera... menos nuestro buen amigo Richard Hodgson. Puedo decirte más, incluso: si logramos echarle mano, si abandonó un poco sus preocupaciones y cometió una serie de torpezas que nos permitieron descubrir toda su organización, fue única y exclusivamente porque le asustaron los crímenes y se empeñó en buscar por cualquier medio a los autores de ambos asesinatos.

Contó algo que sus amigos sospechaban o conocían en parte. Al ser licenciado en la Aviación, luego de una actuación ejemplar durante la guerra, que le valió alcanzar la graduación de comandante, uno de los jefes del

F. B. I.,

le invitó a entrar en la Policía federal. Allí podía seguir prestando servicios a la nación. Si con su bombardero había contribuido a

ganar la guerra, con su valor e inteligencia podría contribuir poderosamente a que nadie arrebatase a su país los frutos de una victoria alcanzada a costa de tantos sacrificios.

Luego de pasar unos meses en la Academia del

F. B. I.,

aprendiendo cuanto pudiera necesitar, se le encomendó una misión delicada en la frontera mejicana. Tenía que averiguar cómo se introducían en los Estados Unidos cantidades considerables de estupefacientes. Tuvo éxito, aunque el triunfo le costó un balazo y tres meses de cama. Después trabajó durante un año en la Alemania Oriental y Checoslovaquia, procurando obtener información respecto a la explotación soviética de las minas de uranio. Logró datos interesantes, pero fue descubierto y tuvo que huir de una manera azarosa y novelesca.

—Al volver a Norteamérica me encargaron la más difícil de las tareas: dar con una organización de espionaje que había servido a los alemanes durante la guerra y que podía servir en adelante a cualquier enemigo de los Estados Unidos.

Dos años largos tardó en establecer el deseado contacto. En ese tiempo vivió en los más diversos ambientes, frecuentó los círculos alemanes de Chicago, Boston, Filadelfia, Baltimore y Nueva York. Se movió, aparentemente, al margen de la ley, utilizando los más diversos nombres, y hasta sufrió una condena que le obligó a pasarse medio año en el mismo

Sing-Sing,

donde entabló amistad con Mike y Sam. Por mediación del primero conoció, al ser puesto en libertad, a Richard Hodgson. Pronto supo que su verdadero apellido era Hauptman, que había nacido en la Prusia Oriental y fue oficial del Ejército germano durante la primera guerra mundial.

Llegado a Norteamérica en 1919 con documentación falsa en la que aparecía como holandés, hijo de ingleses, consiguió la nacionalidad estadounidense. Trabajó activamente en favor de su verdadera patria durante la segunda contienda universal, aunque maniobrando con la actividad precisa para no ser descubierto. La derrota de Alemania ni le hundió ni le forzó a cambiar de actividades, encontró prestamente quién pagaba bien sus servicios, y siguió colaborando, con muchos de sus antiguos auxiliares, en

contra de los Estados Unidos.

—Dos de sus principales colaboradores eran Smore y Schuman. El primero era inglés; el segundo, aunque se llamaba austríaco, había nacido en Baviera. Pero ambos, poco satisfechos con el dinero que sacaban de Hodgson, procuraban incrementar sus ingresos recurriendo al más vergonzoso de los chantajes. Y fue uno de éstos, probablemente, la causa de su muerte.

Estaba seguro, desde luego, de que los crímenes no eran obra de Richard Hodgson. En el hotelito de Bronx, el

F. B. I.,

había encontrado pruebas concretas de la responsabilidad de los integrantes de la banda, pero nada relacionado con la muerte de los dueños del Marrocco.

—En realidad, y hablando con entera franqueza, estamos como al principio. No sabemos quién los mató. En la lista de sospechosos podemos colocar a Jame Anderson, Luigi Bandello, Molly Turner, Walter Garland, esta señorita, tú, Selby, e incluso yo mismo.

Razonó brevemente su extraordinaria afirmación. Empezó por sí mismo, que había estado en el lugar del segundo crimen a la hora precisa de cometerse. Siguió por Garland, de cuya culpabilidad estaba convencido Jimmy Larski; continuó por su hija y Hoffman, que podía ser cómplice de la muchacha, impulsado por el amor que sentía. Molly y Luigi podían haberlos matado por ambición de lucro o para librarse de algún intento de chantaje. En cuanto a James Anderson, si estaba enamorado de *miss* Turner, cabía en lo posible que eliminase a quienes consideraba rivales peligrosos.

—Pero de todos ellos —concluyó, con una sonrisa—, sólo uno puede ser el culpable. Y yo espero descubrirlo antes de veinticuatro horas. Aunque no sé —añadió con aire enigmático— si llegaré a tiempo para impedir un nuevo crimen.



IX

OFENSIVA PERMANENTE



QUELLA noche Selby Hoffman y Jane Garland cenaron juntos y charlaron ampliamente, de sus propios asuntos en primer término y de todo lo relacionado con la muerte de Peter Smore en segundo lugar. Si respecto a lo primero hubo completo y fácil acuerdo entre ambos, tan pronto como se aclarase el misterio y Garland recobrarse su libertad anunciarían su compromiso matrimonial, en lo segundo no lograron llegar a ninguna conclusión satisfactoria.

—Creo que la clave está, en ese misterioso John L. Davis — afirmó Selby—, pero la verdad es que no tenemos la menor idea de

quién pueda ser.

Pasó varias horas pensando en el asunto, pero al cabo renunció a dar con la solución del enigma. Cuando al día siguiente, a la hora de la comida, volvió a reunirse con Jane le transmitió un recado sorprendente de Thomas Lowe:

—Me ha llamado por teléfono para decirme que procuremos estar los dos en mi casa alrededor de las cinco de la tarde. Espera solucionar en nuestra presencia el misterio del asesinato de Peter Smore.

—¿Crees que sospecha realmente de nosotros? —preguntó, desconcertada, Jane.

—Supongo que no, pero Thomas se ha aficionado demasiado a las aventuras policiacas y disfruta intrigando a las gentes.

De todas formas, no estaba muy tranquilo cuando Lowe se presentó en su apartamento a las cinco en punto de la tarde. Las explicaciones que les dio fueron un tanto vagas y no acabaron de disipar sus temores.

—He trabajado mucho durante la noche y la mañana. He tomado como base de mis investigaciones una hipótesis tuya acerca del paso del asesino de la casa inmediata al apartamento vacío inmediato al de Smore. Hablé con mucha gente, realicé un sin número de averiguaciones y espero haber dado con la clave del enigma.

—Entonces, ¿sabes ya quién es el misterioso John L. Davis?

—Lo sospecho nada más, pero pudiera estar equivocado. Prefiero no decirlos su nombre, para no incurrir en un lamentable error. De todas formas, si mis presunciones son exactas, lo veremos esta misma tarde.

—¿Dónde?

—En su propia casa. Entraremos en ella y recorriendo a la inversa el mismo camino que siguió él para asesinar a Smore. Y acaso lleguemos a tiempo para evitar que cometa un nuevo crimen.

Se negó a responder a las numerosas preguntas que le formularon tanto Jane como Selby. Tan sólo parecía interesarle saber si la muchacha sería capaz de dar un pequeño salto en el vacío y si se consideraba con el suficiente dominio de sus nervios para no lanzar ninguna exclamación de sorpresa ni hacer el menor movimiento, viera lo que viese y oyera lo que oyese. Cuando *miss*

Garland le dio la plena seguridad de que así sería se puso en pie, diciendo:

—Entonces, vamos. No nos conviene perder demasiado tiempo.

Salieron a la escalera para bajar a la planta inferior. Thomas llevaba una llave del apartamento número 8, que seguía vacío. Fue directamente a la cocina y saltó a la escalera de escape para casos de incendios, rogando a sus amigos que le siguieran. Desde allí ganó con extrema facilidad el apartamento de la casa de la calle Cuarenta y tres alquilado por el misterioso John L. Davis.

Lowe parecía conocer perfectamente la disposición del piso. Era evidente que lo había visitado, y posiblemente registrado, con anterioridad. El apartamento era reducido. Constaba de un pequeño vestíbulo, un amplio salón que hacía las veces de comedor, despacho y cuarto de estar; la alcoba, la cocina y un cuarto de baño. Aprovechando hasta el límite el espacio, en una de las paredes del salón se abría un pequeño cuarto ropero, cuyas puertas desaparecían tras unos grandes cortinones.

—Metiéndonos aquí, y sin hacer el menor ruido, podemos presenciar cuánto sucede, para intervenir en el momento oportuno.

—¿Crees que vendrá John L. Davis? —preguntó, con un ligero estremecimiento, Selby.

—Espero que sí, y que no venga solo. Pero quizá tengamos que aguardar un buen rato.

La espera se prolongó durante más de una hora. Al cabo, cuando ya comenzaban a desesperar, oyeron abrirse la puerta del apartamento y voces de un hombre y de una mujer que, aun sin entender claramente lo que decían, no le parecieron totalmente desconocidas a Jane.

—Ya están ahí —musitó en tono apagado Lowe—. Ahora, guardad el mayor silencio. El menor ruido puede echarlo todo a perder.

Jane se esforzó por conservar la calma. Miró por un agujerito de la puerta. Las cortinas no tapaban aquel lado, y podía ver gran parte del salón. Pronto, dos personajes entraron en su campo de observación. El hombre era James Anderson; la mujer, Molly Turner. ¿Quién de ellos sería el asesino, caso de que lo fuese alguno? No acertaba con la respuesta. Pero pronto dejó de pensar, totalmente interesada por el diálogo y los movimientos de los dos

personajes.

—¡Qué piso más raro, James! —exclamaba Molly—. ¿Cómo se te ocurrió alquilarlo?

—¡Oh, creí que te gustaría más que la habitación de un hotel! Pero no te preocupes, querida. No estaremos en él muchas horas. Deja el maletín y siéntate ahí un momento. Quiero hacerte unos regalos y que hablemos un poco.

—¿Más regalos, querido? ¡Eres maravilloso! ¿Cómo no iba a preferirte a todos los demás? ¡Ya verás lo felices que vamos a ser!

—Lo creo, Molly. Ahora, cierra los ojos.

La mujer obedeció. Acercándose por la espalda, Anderson le puso al cuello un largo collar. La mujer abrió los ojos y sonrió complacida, exclamando:

—¡Diamantes! Debe de haberte costado una verdadera fortuna. ¡Déjame que te bese, James!

—No; espera un momento. Hay algo más. Vuelve a cerrar los ojos.

Molly obedeció, sonriendo complacida. Entonces, James Anderson sacó una larga cuerda y comenzó a atar a la mujer al alto respaldo de la silla en que estaba sentada. Molly Turner abrió los ojos y protestó, sorprendida:

—¿Qué significa esto, James?

—¡Oh, es una broma, una pequeña broma! Quiero enseñarte algo maravilloso. Espera un minuto. Luego me lo agradecerás.

—Pero si me estás atando...

—No te importe, Molly. ¿No vamos a casarnos dentro de unas horas? Ten confianza en mí.

Ella comenzaba a alarmarse. Nerviosa, trató de desasirse de la cuerda, pero ya daba varias vueltas en torno a su cuerpo y no le permitía mover los brazos. Cuando Anderson finalizó su tarea con un apretado nudo, de la garganta de la mujer se escapó un grito de auténtico terror.

—¡Callarás de una vez, maldita! —Gruñó Anderson; pero ahora el tono suave de medio minuto antes había sido sustituido por un aire áspero, de clara amenaza.

Como Molly lanzara un nuevo grito, no vaciló más. Sacó un largo pañuelo, con el que amordazó a su víctima. Luego sonrió satisfecho. Hablando con la mujer, dijo:

—¿No comprendes todo esto, verdad? Pues no tardarás en comprenderlo. Te daré una amplia explicación. La explicación que no puedo darles a Smore y Schuman. Los dos murieron, aunque ninguno era tan miserable como tú.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó una tarjeta. Se la mostró a Molly, en cuyos ojos se leía el más indescriptible terror. Con aire de terrible amenaza siguió hablando:

—En esta tarjeta puedes leer una breve línea. Dice: «En memoria de J. W». La encontrarán mañana sobre tu cadáver. Otras iguales hallaron sobre los cuerpos de Smore y Schuman. La Policía no conocerá nunca lo que significa, pero tú lo sabrás antes de morir.

Hizo una breve pausa, como observando el efecto de sus palabras. Luego, en tono alterado, como un hombre que ha perdido el control de sus nervios, que está, al borde mismo de la locura, continuó:

—J. W. eran las iniciales de Josua Warren. ¿La recuerdas, verdad? Josua fue mi hijo, mi único hijo. Era un hombre joven, bueno, arriesgado, valiente. Luchó por su patria como un héroe, desafiando todos los peligros. Pero un mal día cayó en tus garras. Smore y Schuman le empujaron hacia ti. Tú le envolviste en tus redes; no te bastó con sacarle cuánto dinero tenía. Querías más, necesitabas más, y lo conseguiste. Le hiciste decirte cuánto sabía: la fecha de partida del convoy para Europa, los barcos que lo integraban, la ruta que seguirían. Él y sus hombres fueron una presa fácil para los submarinos alemanes. Josua debió comprender en el último instante que era suya la culpa de la catástrofe. Por eso, y porque era un hombre de honor, prefirió hundirse con su barco, aunque pudo escapar, castigándose así por su debilidad para contigo.

Hablaba con un odio sin límites, con una rabia incontenible, estremecido su cuerpo Por un temblor convulsivo, Molly se debatía, impotente, bajo sus ligaduras; un sudor frío le corría por la frente, los ojos parecían salirse de las órbitas. James Anderson continuó:

—Sospeché algo cuando me contaron su muerte. Hice averiguaciones por mi cuenta. Tardé mucho tiempo, pero al fin di con la verdad. Aquí, en Nueva York, una mujer se había cruzado en su camino, como en el de tantos otros. Pensé denunciarte a la Policía en unión de tus cómplices. Pero carecía de pruebas, y era

posible que escaparaís de entre las mallas de la ley. Resolví tomarme la justicia por mi mano, vengar personalmente a mi hijo. He tardado años en conseguirlo, pero al fin, esta tarde, concluiré mi obra.

Hizo otra nueva pausa para tomar aliento. Hablaba atropelladamente, casi ahogándose, con prisas por llegar al final. Desde su escondite, Jane, Thomas y Selby seguían con extraordinaria emoción su relato. Anderson siguió hablando, tras un segundo de silencio:

—Planeé bien los golpes. Conseguí una opción de compra del Marrocco para estudiaros de cerca. Pronto vi que erais una partida de miserables indignos de la menor compasión. No me costó trabajo matar a Schuman y a Smore. Al primero lo maté en un garaje donde yo mismo le había citado, si bien simulé encontrarme en el hotel. Con el segundo cené aquella misma noche. Después me fui a acostar a mi habitación, pero en realidad salí por la escalera de urgencia, vine a este piso, que ya tenía alquilado, pasé a la casa inmediata y esperé a Smore en su habitación. La señorita Garland y Hoffman estuvieron a punto de estropear mis planes; por fortuna, se fueron a tiempo, y Peter murió en la forma que yo había planeado. —Parecía próximo a llegar al paroxismo. Respiraba con dificultad, como si la rabia se le enroscase a la garganta. Nuevamente tuvo que detenerse un instante. Luego continuó, con la ira redoblada:

—Lo más difícil era terminar contigo. Necesitaba decirte por qué morías, estar seguro de que antes de expirar habías de sufrir las torturas que ahora experimentas, hablarte del pobre Josua, muerto por culpa tuya. Eras cien veces más miserable que Smore y Schuman, más falsa que ellos, traidora a todo y a todos. Has vendido a tu patria, a tus amigos, a los que se enamoraron de ti. Pero a ti, que todo lo vendías, era fácil comprarte. Y yo te compré con algo tan falso como tu corazón: unas joyas falsas que te deslumbraron, una falsa promesa de matrimonio, que había de darte un falso aire de respetabilidad. Con ello te traje hasta aquí, donde morirás. Morirás sin que nadie, salvo tú, sepa el nombre de quien te mató. Sabrán, acaso, que John L. Davis es James Anderson. Pero nadie llegará a saber que James Anderson es, en realidad, Dean Warren, un caballero respetable de St. Louis que lleva largos meses viajando por toda Europa.

Lanzó una carcajada larga, interminable, estremecedora. Reía de su venganza, del terror de su víctima, del triunfo alcanzado, de la impunidad en que habían de quedar sus crímenes. Pero para Molly, que pugnaba desesperada por librarse de sus ligaduras, para las tres personas que le oían ocultas a pocos metros de distancia, su risa significaba algo más: significaba que Dean Warren acababa de volverse loco.

—¡Morirás, maldita! —chilló, lanzándose sobre *miss* Turner, cerrando sus manos en torno a la garganta de la mujer—. Morirás como mereces morir, sabiendo que soy yo, el padre de Josua, quien te arranca la vida...

Thomas Lowe no esperó más. Abriendo de un golpe la puerta del ropero, se abalanzó sobre Warren. Selby Hoffman le secundó sin vacilaciones. Durante unos minutos tuvieron que luchar desesperadamente contra el vengativo caballero. Eran dos hombres jóvenes y fuertes enfrentándose con un señor de apariencia débil y de cerca de sesenta años. Sin embargo, Dean Warren, centuplicadas sus energías por la locura, les hizo frente a puñetazos, patadas y mordiscos.

Cuando, al fin, lograron dominarle, colocándole unas esposas en las manos y otra, en los pies, aprovechando que un golpe certero de Lowe le había dejado medio inconsciente, tanto Selby como Thomas jadeaban cansados, tenían la ropa en desorden y varias moraduras en sus rostros decían bien a las claras la violencia con que se defendió Warren.

Jane Garland atendía a Molly. Había rodado por el suelo durante la lucha sostenida. En su cuello se veían las huellas dejadas por los dedos de su enemigo. Se había desmayado, pero estaba viva.

Lowe llamó por teléfono a la Jefatura de Policía y al F. B. I.

Diez minutos después se presentaban en la casa varios agentes de la Policía federal y el propio Jimmy Larski. Uno y otro escucharon asombrados el extraordinario relato de cuánto había sucedido, confirmado punto por punto por Molly Turner, que acababa de recobrar el conocimiento y que, espantada por el peligro corrido, no tuvo fuerzas ni ánimos para negar sus concomitancias con Smore y Schuman ni sus turbias relaciones con la banda acaudillada por Richard Hodgson.

Cuando los agentes se llevaron a los dos detenidos, Jane, que había presenciado angustiada los dramáticos acontecimientos desarrollados ante su vista, preguntó:

—¿Qué cree que le pasará al pobre Warren?

—Si sólo hubiéramos de tener en cuenta sus crímenes, merecía la muerte; si pensamos en la catadura de sus víctimas, un premio. Seguramente no le darán una cosa ni otra. Está loco, indudablemente; lo más probable es que le envíen directamente a un manicomio.

—¿Y a Molly Turner?

—Es cien veces más miserable y perversa. Pocas veces estaría más justificada la pena de muerte, cuando su ambición destruyó tantas vidas jóvenes, como la de su hermano o la de Josua Warren. Sin embargo, el ser mujer la librará de la silla eléctrica, pero no de pasar en presidio el resto de sus días.

Veinticuatro horas más tarde, varias personas conversaban animadamente en el apartamento de Selby Hoffman, Aparte del dueño de la casa, estaban Jane Garland, su padre —en cuyo rostro podían leerse huellas de los sufrimientos pasados durante los días de encierro— y Thomas Lowe.

Todos estaban satisfechos, despejada la pesadilla que por espacio de muchos días les quitó el sueño. En los periódicos de la mañana habían aparecido relatos completos tanto de la detención de la banda de Hodgson, que el

F. B. I.,

juzgó conveniente silenciar durante veinticuatro horas, como del esclarecimiento de los asesinatos de Peter Smore y Albert Schuman, misterio que durante más de una semana intrigó y apasionó a las gentes. Fue el «Morning Star», naturalmente, quien publicó la más extensa información, en un magnífico reportaje que servía para consagrar a Hoffman como uno de los mejores periodistas americanos.

—¿Cómo llegaste a sospechar que James Anderson fuese el padre de Josua Warren?

—De una manera muy sencilla —repuso Thomas—. Anderson mentía en muchas cosas, deseoso de ocultar su personalidad. Sólo en una, sin importancia aparente, dijo la verdad, al afirmar que

procedía de una ciudad del Middie West. En el informe que te enviaron sobre Josua indicaban que había nacido en St. Louis, que es precisamente una ciudad del Middie West.

Hizo con todo sigilo algunas averiguaciones. Supo que el padre del joven Warren era un caballero de cerca de sesenta años que llevaba varios meses fuera de St. Louis, viajando por Europa. Las señas personales que le facilitaron coincidían con las de Anderson.

Había, sin embargo, un grave obstáculo para poder considerarle culpable. Tenía magníficamente planeada su coartada. Lowe estuvo en el Canadian Hotel. Pudo ver que la habitación que ocupaba tenía una salida a la escalera para casos de incendios. Era posible que hubiese engañado a todos, saliendo del hotel y volviendo a él sin que se dieran cuenta ni el portero ni los camareros.

Pero todo esto no pasaba de ser una impresión personal, una hipótesis más o menos aventurada. Después de la detención de Richard Hodgson y su banda trató de encontrar las pruebas que necesitaba. Procuró, en primer término, identificar a John L. Davis. Tanto el portero de la casa de la calle Cuarenta y Tres como el administrador, míster Wagener, no pudieron darle con precisión sus señas. Pero el portero le dijo algo interesante. Míster Davis le había telefonado el día antes, diciendo que limpiase un poco el piso, porque pensaba ir allí con su mujer.

—Por Jane sabía que Molly iba a casarse con Anderson. Relacioné ambos hechos, y llegué a una fácil conclusión. Fui a visitar a Molly, y supe de sus labios que iba a cerrar el apartamento que ocupaba porque Anderson tenía otro mejor. Lo demás ya lo sabéis vosotros.

Era una explicación lógica y sencilla. Demostraba la agudeza de Lowe y la rapidez y eficacia con que trabajaba. Pero aún había un punto que Selby quería aclarar. ¿Dónde iba Luigi Bandello la noche que le siguió? ¿Por qué le golpeó, atacándole por la espalda?

—También he logrado averiguarlo. Luigi nada tenía que ver en las actividades de Hodgson, pero intervenía por cuenta propia en algunos negocios poco limpios. La noche de la fiesta en casa de Molly, Bandello tenía una entrevista reservada con unos contrabandistas de licores franceses. Al ver que alguien le seguía, temió que fuese un agente de Policía. Se agazapó en una sombra propicia y cayó de improviso sobre su perseguidor, para encontrarse

después con la sorpresa de que en lugar de un policía había pegado a un pobre periodista.

Cuando Lowe terminó su relato, Jane le preguntó:

—Supongo que asistirá usted a nuestra boda. Sin su intervención, es muy posible que no hubiéramos llegado jamás a casarnos.

—Es posible que no —contestó seriamente Lowe—. Cuando luchábamos en el frente se suspendían los permisos al iniciarse una ofensiva. En el frente del

F. B. I.,

estamos en ofensiva permanente. Por el momento, he terminado una misión en Nueva York. ¿Quién sabe dónde estaré trabajando mañana mismo?

FIN

VENCEDORES

EN LA

Encuesta sobre el F. B. I.

En los salones de esta EDITORIAL, y en presencia de conocidos escritores, se ha verificado el escrutinio, resultando ganadora, por 750 votos de ventaja, la siguiente clasificación:

TITULOS	Clasificación
EL COBARDE	3
EL REY DEL HAMPA	5
¡CULPABLE!	1
LUCHANDO EN LA SOMBRA ...	4
LA HORA GRIS	2

Como detalle complementario damos a continuación las veces que cada novela ha sido calificada de mejor, con el número 1:

¡CULPABLE!	3.971	votos
EL COBARDE	1.113	»
LA HORA GRIS	410	»
LUCHANDO EN LA SOMBRA ...	206	»
EL REY DEL HAMPA	125	»

IMPORTANTE: Por falta de espacio no podemos insertar en esta novela la relación de los veinte vencedores agraciados con los PREMIOS en el sorteo realizado. Dicha relación aparecerá próximamente en nuestras Selecciones NEVADA y Colección EXTRAORDINARIA DEL OESTE.

EDITORIAL ROLLAN agradece el magnífico entusiasmo del público español por la Colección F. B. I.

Madrid, 31 de mayo de 1950

¡ANIKUILAMIENTO DE LOS
TERRORISTAS JUDIOS!
¡UN JUDIO EXTERMINANDO A SUS HERMANOS
DE RAZA!
¡LA TORTURA DE UN AGENTE ESPECIAL!

LA REDADA

Este es el título del drama más conmovedor que se haya escrito en la literatura moderna. David Cohen, judío, Agente Especial del F. B. I., recibe la orden de aniquilar a los terroristas de la siniestra organización Stern. En su conciencia batallan sentimientos opuestos, reacciones humanas que laceran su corazón como hebreo y como amante de la Ley.

¿TRAICIONA A SUS HERMANOS DE RELIGION?
¿TRAICIONA AL F. B. I.?

O. G. TAVIN

el aclamado autor de novelas densas y emotivas, nos dará la solución a esta tragedia íntima de un hombre, tragedia capaz de asfixiar de angustia al más valiente de los valientes.

LA REDADA

PROXIMO NUMERO DE LA
COLECCION F. B. I.

